

**JOAN D'ARC
TERCERA PARTE**

LA PRISIONERA

"El miedo, la ira, la agresividad, el Lado Oscuro ellos son."

Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[A bordo de un transporte imperial clase Delta Dx9 navegando a través del sistema de Kessel]

La nave dejó atrás con facilidad el campo gravitatorio generado por el planetaide KS-31 y puso rumbo hacia el espacio exterior, pilotada por el teniente Stephen "Psico" Proud, espía y piloto de caza por ese orden, al servicio de la Alianza Rebelde. Psico miró a través del visor delantero de la nave robada. Todo el espacio ante él estaba cubierto de naves Imperiales. Dos destructores clase Imperial ya estaban en órbita alrededor del pequeño planetaide verde y gris. También había varias fragatas Nebulon B, corbetas y un par de portanaves de escolta. Transbordadores y transportes ligeros como el suyo seguían haciendo viajes al planetaide para evacuar a las tropas y al personal técnico que aún se encontraban en las instalaciones destruidas por el ataque rebelde.

Psico había formado parte de un comando de Inteligencia rebelde enviado a Nar Shaddaa, la famosa "Luna de los Contrabandistas" propiedad de los Hutt, y único lugar de la galaxia donde casi cualquier información podía ser obtenida si uno estaba dispuesto a pagar lo que valía. La única pista que encontraron se perdía en el sistema Kessel, y consistía en la identificación de un carguero ligero, el *Kadumai*, alquilado por el Imperio a través de intermediarios para llevar suministros a las minas de Kessel primero, y a una supuesta base secreta después. La información era muy vaga, pero era todo lo que tenían. Psico consiguió colarse en la bodega de carga del *Kadumai* y llegar a lo que resultó ser justo lo que estaban buscando: la cadena de montaje de los *Lanzamisiles*. Antes de abandonar el *Kadumai*, adosó un pequeño transmisor al motivador de salto de la nave. Cuando el *Kadumai* saltó al hiperespacio tras abandonar KS-31, el transmisor se activó y envió las coordenadas en las que se encontraba la nave en esos momentos al resto del comando de Psico, que esperaba a bordo de una lanzadera camuflada en los límites del sistema.

De eso hacía ya casi dos semanas. Desde entonces, Psico se encontraba oculto en un pequeño almacén de equipo y recambios, frío y en absoluto acogedor, cuyas dos únicas virtudes eran el ser muy raramente visitado y disponer de un terminal con conexión a la Red Imperial de Datos. En ese tiempo había subsistido a base de raciones de combate y de agua reciclada procedente del sistema de refrigeración de la cadena de montaje de la fábrica. Psico estaba convencido de que el gusto metálico de esa agua no se le iría de la boca en mucho tiempo. Cuando ya empezaba a pensar que no le iba a quedar más remedio que salir de su escondite y entregarse, la operación para evacuar a las fuerzas imperiales de KS-31 le había dado la oportunidad para salir de allí que había estado esperando. Introduciéndose por última vez en la Red Imperial, Psico había alterado ligeramente los vuelos planificados entre el planetaide y la flotilla que lo rodeaba. Ahora había un transporte adicional con permiso para abandonar el sistema en la próxima media hora, y era el que él estaba pilotando. Estaba corriendo un riesgo enorme, pero no tenía alternativa, dado que al planetaide le quedaban pocas horas de existencia. Era imposible

saber qué sería lo primero en ser descubierto: sus accesos ilegales a la Red Imperial de Datos, la desaparición de uno de los transportes asignados a la fábrica - y que debería estar participando en la evacuación -, o el piloto muerto que yacía en el mismo almacén que Psico había estado ocupando. Fuera lo que fuera, Psico tenía la esperanza de estar lejos de allí cuando cualquiera de esas tres cosas sucediera.

Más allá de las naves imperiales, la luminiscencia siniestra de la región del espacio conocida como Las Fauces eran perfectamente visibles. El espacio mismo se retorció alrededor de ese paraje imposible, un auténtico infierno para la navegación en el que se concentraban varios agujeros negros, y que constituía un fenómeno único en la galaxia. Varias especies inteligentes coincidían en llamarlo "el lugar donde va a morir la luz". Muy cerca del límite de Las Fauces, se encontraba el planeta que daba nombre al sistema. Kessel era conocido en la galaxia por dos cosas: las minas de especia brillestim, y la prisión imperial de máxima seguridad. Psico sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo al pensar en Kessel. En aquel lugar inhóspito, donde no se podía caminar por la superficie del planeta sin un equipo de respiración asistida, Psico se había pasado varios meses como prisionero del Imperio. Aún había noches en las que sus pesadillas insistían en devolverlo a aquellos días. Hacía ya dos años de eso, pero una parte de su mente jamás podría dejar atrás los continuos interrogatorios, las torturas, el trabajo forzado en las minas siempre en completa oscuridad, y la desesperación absoluta de pensar que quizá no saliese jamás de allí.

Su salvación vino de la mano de uno de los contrabandistas que trapicheaban con especia para el corrupto alcaide de la prisión imperial. Sus naves llegaban en la oscuridad, sin ser molestadas por los cazas TIE asignados a la defensa del planeta, y cuyos pilotos tenían órdenes de dejarles pasar. Atracaban en los hangares subterráneos de la prisión, recogían su cargamento, pagaban al alcaide y se iban por donde habían venido. Aquella noche, Psico estaba entre los presos obligados a cargar uno de aquellos transportes, bajo la mirada atenta de varios soldados de asalto. Éstos se llevaban un pellizco de las ganancias del alcaide a cambio de vigilar esas operaciones y callar después lo que habían visto. La nave en cuestión era un transporte ligero coreliano, muy rápido, y al verlo Psico pensó que era entonces o nunca. Cuando casi todo el cargamento estaba ya a bordo, el contrabandista y su copiloto salieron de la nave por un momento, probablemente para ultimar los detalles del pago con el alcaide, que se había acercado hasta allí. Psico subía por la rampa llevando sobre los hombros una de las últimas cajas, y sin pensarlo dos veces se la arrojó con todas sus fuerzas al soldado de asalto más cercano y corrió a la cabina. Consiguió encerrarse dentro y bloquear la escotilla de acceso el tiempo suficiente para poner en marcha los motores y despegar, con el portalón de carga todavía abierto. Las cajas se despanzurraban contra el suelo, desparramando su valioso contenido por toda la cubierta, mientras los soldados de asalto disparaban sus armas contra el carguero. Psico consiguió sacarlo intacto del hangar y lanzarlo a toda velocidad hacia el espacio exterior. El transporte era veloz, pero no lo suficiente como para dejar atrás a los cazas TIE que salieron en su persecución. Para escapar de ellos, Psico tuvo que internarse en Las Fauces, y arriesgarse a caer casi con toda seguridad en el

pozo de gravedad de alguno de los agujeros negros que poblaban aquella extraordinariamente anómala región del espacio. Lo que le salvó fue que en la memoria del ordenador de vuelo había grabada una ruta segura para atravesar Las Fauces, por la cual el contrabandista habría pagado seguramente más de lo que le había costado la propia nave. Gracias a ello, Psico logró escapar de Kessel y, una semana más tarde, ya había vuelto a contactar con la Alianza.

Por aquel entonces Psico ni siquiera había oído hablar de un segundo planeta habitable en el sistema de Kessel. Aunque KS-31 aparecía en algunas cartas de navegación, no figuraba como habitable. Para entonces era ya uno de los secretos mejor guardados por el Imperio. Lo que se ocultaba en aquel lugar había traído de vuelta a Psico a este sistema maldito. Ahora que la fábrica había sido destruida y el planeta mismo no sería pronto más que una nube de polvo flotando en el espacio, ya no habría razones para volver. Nunca, nunca más.

Cuanto más lejos de Kessel pasara el resto de su vida, mejor que mejor.

"Transporte Ballard Dos, aquí Delta Uno," la súbita llamada interrumpió los pensamientos de Psico y le hizo dar un respingo. Un Interceptor TIE había aparecido a proa de su nave, y se mantenía volando en formación algunos metros por encima de él. La pantalla sensora trasera mostraba otros tres cazas, formando un triángulo a su cola. Psico había estado tan ensimismado que no los había visto llegar.

"Te copio, Delta Uno," contestó intentando parecer aburrido. Si cualquiera de los pilotos de los Interceptores llegase a sospechar de él lo más mínimo, podría estar muerto en cuestión de segundos.

"Cargamento y destino, por favor."

"Llevo toberas de dirección y paneles de refrigeración para el nuevo modelo de TIE." Era verdad. Había verificado el cargamento que llevaba el transporte antes de manipular el registro de vuelos programados en la base de datos Imperial. El único matiz era que el nuevo cazabombardero no tenía nada que ver con la serie TIE, sino que se trataba de un diseño completamente diferente del mismísimo Gran Almirante Thrawn, genio de la estrategia, y único alienígena que ocupaba un cargo de alta responsabilidad en el Imperio. Pero todo eso era alto secreto. La versión oficial, la que conocerían los pilotos de los Interceptores, era que lo que se estaba construyendo en la factoría del planeta KS-31 era un nuevo modelo de TIE Avanzado. No tenía ni la más mínima duda de que, en ese mismo momento, los pilotos imperiales estaban barriendo el transporte con sus sensores para confirmar que realmente transportaba lo que decía. "Mi destino es el astillero orbital de Sistemas Sienar en el sistema de Thoriam. Supongo que pretenden continuar allí con el trabajo que estaban haciendo aquí."

Hubo algunos segundos de silencio. Psico cruzó los dedos.

"De acuerdo, Ballard Dos." Psico suspiró cuando llegó por fin la respuesta. "Eso es lo que dice mi computadora. Procura no perder esas piezas por el camino. Estoy deseando poder cambiar este Interceptor por uno de esos nuevos TIE."

"Vaya. Yo cambiaría este transporte por tu Interceptor con los ojos cerrados, Delta Uno," bromeó Psico. Sabía bien que los pilotos de caza imperiales se consideraban a sí mismos como la crema de la Armada Imperial, muy por encima del resto de pilotos. No en vano también él había sido piloto de cazas TIE antes de unirse a la Rebelión, aunque no en un escuadrón de élite como era el caso de Víbora, al que había conocido fugazmente poco antes de infiltrarse en las instalaciones del planetaide KS-31.

El piloto imperial soltó una carcajada. "Pues claro que lo harías. Que tengas un buen viaje, Ballard Dos."

"Gracias, Delta Uno. Feliz vuelo también para vosotros." Los cuatro cazas habían roto su formación alrededor del transporte antes de que él terminara la frase. Psico resopló aliviado. *Menos mal*. Tras mirar de reojo a uno de los dos destructores estelares, al cual estaba empezando a rebasar, consultó el ordenador de vuelo. Estaba ya a sólo treinta segundos de su punto de salto. El planetaide había quedado a su espalda, y fuera por tanto de su vista. Psico se acordó de los colonos. Sería imposible rescatarlos con tantas naves imperiales en la zona. Casi lamentó haber informado a Avalancha sobre su situación. Esperaba que hubiera obedecido las órdenes que le habían dado y hubiera puesto rumbo hacia el Borde Exterior, al espacio controlado por la Alianza. Si el escuadrón Blanco hubiera intentado hacer algo por la pequeña colonia, lo habrían pagado con la vida.

Psico hizo las últimas comprobaciones antes de saltar al hiperespacio. Su verdadero destino no era el sistema Thoriam, por supuesto, sino un trozo de espacio en mitad de ninguna parte, lejos de cualquier sistema habitado, y con un tráfico comercial o militar prácticamente inexistente en varios años luz a la redonda. Allí estaba el punto de reunión prefijado semanas atrás con dos oficiales de Inteligencia de la Alianza. A Psico no le cabía la menor duda de que estarían interesadísimos en todo lo que había descubierto acerca de los *Lanzamisiles*, antes de que sus amigos de los escuadrones Blanco y Azul hubieran arrasado la factoría. Tan interesados como para llevar allí flotando durante al menos tres semanas. *Por muy miserables que se sientan, seguro que han estado mucho más cómodos que yo en ese puñetero almacén*. Después de darles lo que querían, seguramente sus superiores le recompensarían con una nueva misión detrás de las líneas imperiales. Psico esbozó una sonrisa irónica a costa de sí mismo. A pesar de lo mal que lo había pasado en Kessel, aún le habían quedado ganas de seguir haciendo de espía para la Alianza. *Así soy yo. Siempre viviendo peligrosamente*. La computadora de vuelo emitió un sonido de aviso y una luz verde se encendió sobre su panel. El transporte acababa de alcanzar el punto de salto. "Hora de marcharse del sistema Kessel para siempre," dijo en voz baja, poniendo la mano sobre la palanca que activaba el motivador de salto.

Pero esa Avalancha es tan terriblemente cabezota... El repentino pensamiento le hizo detenerse a mitad del gesto. Psico conocía a la comandante del escuadrón Blanco desde hacía casi un año, cuando ella y el resto del escuadrón *Mantiss* se disponían a internarse en el Núcleo Galáctico, con la misión de atacar objetivos diversos al azar y mantener ocupada por un tiempo al menos a una parte de la Armada Imperial. Eso habría de permitir que, a centenares de años luz de distancia, en el Borde Exterior, se fueran produciendo las sucesivas entregas a la Alianza de sus primeros cruceros Mon Calamari. Psico había sido entonces el contacto de Avalancha con la Inteligencia Rebelde, proporcionándole las coordenadas y características de los blancos que podrían ser candidatos para sus ataques, e incluso volando con ella y sus chicas en unos cuantos. La decisión final de qué objetivos serían atacados y de qué modo era siempre decisión de Avalancha. Psico recordaba bien las discusiones previas a aquellas misiones. Cuando Avalancha decidía actuar no había nada que pudiera detenerla.

Y seguro que pretendía hacer algo por ayudar a los colonos.

"Oh, maldita sea," exclamó con irritación. En un súbito impulso cambió las coordenadas de salto por las de la última posición que conocía de la fragata Nebulon-B capturada, y que al parecer iba a convertirse en la nave nodriza del escuadrón Blanco. "Seguro que me voy a arrepentir de esto..." Esta vez empujó la palanca del motivador hasta el fondo. El transporte aceleró y desapareció en el hiperespacio.

Capítulo II

El *Cantante* de Joan fue introducido en la bahía de carga del transporte mediante varios ganchos de remolque, acoplados sobre el casco por pequeños robots autopropulsados manejados por control remoto desde la nave. Para facilitar la operación, el sistema de gravedad artificial había sido desconectado en el transporte. Cuando las compuertas externas se cerraron, la gravedad fue retornando gradualmente hasta que el caza se posó sobre el improvisado hangar. De una forma deliberadamente lenta, por si acaso estaba siendo observada, Joan se quitó la máscara respiratoria y levantó las gafas de vuelo. Dentro de la nave no iban a hacerle falta, y además iba a necesitar tanta visibilidad como fuera posible. Dejó caer la cabeza pesadamente hacia la izquierda, como si acabara de perder la consciencia. Poco después escuchó un sonido metálico a su derecha. Alguien acababa de acoplar una escalerilla al flanco del *Cantante*. Ahora estaban subiendo a la cabina. El mecanismo de apertura externo fue activado y la cúpula se alzó con un siseo. Sintió el cañón de un arma tocarle el hombro derecho. Dos veces. El hombre que la sostenía dijo algo en bretaliano y un segundo tipo subió para ayudar a su compañero a sacar a Joan del caza. Joan esperó hasta que los bretalianos soltaron el atalaje de seguridad del asiento, y entonces pulsó el botón que activaba el sable láser.

El rayo azul surgió de la empuñadura con un zumbido ante los rostros sorprendidos de los dos soldados. Uno de ellos intentó disparar pero perdió el arma y una de sus manos en el intento. El hombre chilló con todas sus fuerzas y se cayó de la escalera, llevándose por delante a su compañero. Joan saltó directamente de la cabina al suelo, flexionando sus piernas para amortiguar la caída. Otros dos soldados surgieron bajo el ala del *Cantante* e intentaron sujetar a Joan. Ella retrocedió un paso y efectuó un rápido barrido de derecha a izquierda con su sable láser. Ambos soldados se desplomaron sobre la cubierta, gravemente heridos. Un rayo láser pasó rozándole la cabeza. Joan se lanzó bajo el *Cantante* y rodó sobre sí misma hasta alcanzar el lado izquierdo del caza, evitando así por los pelos ser alcanzada por una nueva ráfaga. Varios disparos se estrellaron contra el casco de la nave, justo donde ella se había encontrado un instante antes. Tras ver caer a cuatro compañeros víctimas de su sable láser, el resto de soldados parecían haber decidido no correr más riesgos con ella. Joan recorrió el hangar con la mirada, buscando desesperadamente una salida. Había una escotilla a escasos veinte metros del *Cantante*. Si pudiera alcanzarla sin ser abatida, quizá podría apañárselas para llegar al puente de mando y una vez allí obligar a la tripulación a poner rumbo hacia espacio de la República... Las posibilidades de que lo consiguiera eran pocas, pero merecía la pena intentarlo.

Joan echó a correr, saltando de un lado a otro para evitar ser alcanzada. Los rayos pasaban a escasos centímetros de ella. Los gritos de uno de los heridos resonaban en todo el hangar, superponiéndose incluso al ruido de los disparos. Joan se obligó a sí misma a ignorarlos. Estaba a punto de tocar la puerta cuando la bahía del transporte empezó a llenarse con algún tipo de gas. Al mirar hacia atrás vio cómo varios soldados caían inconscientes. Joan presionó el botón de apertura una y otra vez, pero la escotilla permanecía cerrada. Un

rayo disparado a ciegas acertó en la pared, justo encima de ella. Joan intentó no respirar el gas, con sus pulmones a punto de explotar y la cabeza doliéndole cada vez más. Sin saber qué otra cosa podía hacer, hizo saltar el panel de control de la escotilla con el sable láser. Los cables y mecanismos internos eran ahora accesibles. Joan intentó deducir cómo funcionaban, pero el dispositivo era demasiado complicado y ella apenas podía pensar con claridad. Su cuerpo entero gritaba suplicando aire. Finalmente el instinto de respirar pudo más que su voluntad de no hacerlo y abrió la boca. El gas le hizo toser, y empezó a sentirse repentinamente muy débil. Joan cayó de rodillas. El sable láser resbaló de entre sus manos y se desconectó al tocar el suelo. Joan se derrumbó sobre la cubierta metálica. Estiró el brazo intentando recuperar el sable, pero no podía alcanzarlo. Entonces todo se puso oscuro.

Lo que le hizo darse cuenta de que se estaba despertando fue el dolor. Antes de abrir los ojos ya sabía que estaba encadenada. Tenía argollas de sujeción en los tobillos, los muslos, las muñecas y los antebrazos. Apenas podía hacer un solo movimiento. Su cuerpo estaba rígido, tanto que cada uno de sus músculos se quejaba suplicando un cambio de postura. Lo peor de todo era el dolor de cabeza, intenso como no recordaba haberlo sufrido jamás. *Seguramente es un efecto secundario del... ¿gas?* Enseguida se acordó de todo lo que había pasado y por un instante se desesperó. Pero no se había pasado más de un año combatiendo en primera línea para angustiarse ahora, al primer contratiempo. *Caer prisionero es uno de los riesgos que corre un soldado.* Había leído eso en alguna parte. Sí, en uno de los manuales de iniciación que la Flota entregaba a los nuevos reclutas. Entre los veteranos estaba considerado como uno de los mejores libros de humor jamás escrito, si se leía con la adecuada dosis de ironía. *¿Qué más decía? Algo de que caer prisionero es mejor que ser gravemente herido o muerto. Puedes y debes intentar escapar, y el planear cómo hacerlo te ayuda a soportar los rigores del cautiverio...*

El teniente Trillian era excelente citando frases completas de ese libro, en lo que él llamaba "voz de sargento instructor de holodrama", acompañadas de muecas de toda índole "para proporcionar el adecuado sentimiento". Todos los miembros del escuadrón se partían de risa con él. *Pobre Trillian. Debe sentirse fatal ahora mismo, cuando se haya enterado de lo sucedido. Pero no es culpa suya. Lamorny y Smeigger debieron ponerle algo en la comida. Oh, no... ¿Habrán vuelto esos dos al Armonía? Si había dos traidores a bordo, podría haber más. Si pudiera avisar a alguien, de alguna manera... A Tobb, sobre todo a Tobb. Estará destrozado. Quizá me crea muerta. Supongo que los bretalianos no tardarán en hacer pública su ilustre captura. Entonces todos sabrán que aún vivo, y no será tan malo. Ay, espero que eso sea lo primero que oigan mis padres...*

Joan se esforzó por interrumpir esa línea de pensamientos que no le llevarían a ninguna parte. Tenía que buscar lo positivo de su situación y sacar fuerzas de ahí. *Estoy viva y he dormido algo. Me duele todo pero ya no me siento agotada. Puedo sentir la Fuerza otra vez, así que no estoy*

completamente indefensa. Lo primero, si he de escaparme, es saber dónde estoy. Era muy poco lo que podía ver. Las luces, si las había, estaban apagadas. Estaba tendida de costado sobre una cama estrecha. Una litera. Si afinaba el oído, podía escuchar ruido de maquinaria. Motores. La vibración estaba muy amortiguada, pero existía. Estaba aún a bordo de una nave, seguramente el mismo transporte en el que había sido capturada. Joan se preguntó durante cuánto tiempo habría estado inconsciente. La habían cogido en Remisse. Desde allí al más cercano de los mundos bretalianos, Doveder, no había más de un día de navegación por el hiperespacio, incluso en un carguero como éste, así que como mucho podrían haber pasado unas cuantas horas...

La iluminación del cuarto, camarote, o lo que fuera aquello, se activó suavemente. Joan tardó un momento en darse cuenta de que estaba mirando a la pared. La puerta tenía que estar a su espalda. Escuchó un siseo. La puerta se había abierto. Ya no estaba sola.

"Me alegro de poder conocerla al fin, Joan d'Arc." Joan sintió que alguien la agarraba, ayudándola a rodar hasta yacer sobre su espalda. Al levantar la vista, vio junto a ella al hombre que había hablado. Vestía uniforme de general bretaliano. Aparentaba entre cuarenta y cincuenta años, era bastante fornido, con cabello gris que había sido rubio alguna vez, y ojos pequeños y grises. Joan reconoció ese rostro por haberlo visto en varios holo-reportajes.

"Le estrecharía la mano con gusto, general Bedenford, pero alguien me ha encadenado. Deben pensar que soy peligrosísima."

El general Bedenford se rió con ganas. Estaba al mando de las fuerzas armadas bretalianas desde los primeros días de la guerra, pero su reputación militar había ido en descenso desde el varapalo recibido en Alderaán. De ser el adalid infalible que había conducido a las tropas bretalianas a dominar una parte importante de la galaxia, había pasado a ser considerado el principal responsable de las continuadas derrotas que, desde la sufrida en Alderaán, habían llevado a los bretalianos a perder casi todo lo ganado. Era un hecho conocido que, viendo a Joan como el símbolo que mantenía al resto de la galaxia unido en su contra, Bedenford había puesto un precio a su cabeza. Era un precio muy alto y, por lo visto, alguien estaba a punto de cobrarlo.

"Es usted tan valiente como me habían dicho," dijo Bedenford condescendiente. "Es una pena que estemos en bandos contrarios."

"Estaríamos en el mismo si ustedes no se hubieran vuelto contra la República, invadiendo..."

"No tenemos tiempo para eso, mi querida comandante," la interrumpió el general con brusquedad, pero sin elevar el tono de voz ni mostrar irritación alguna. "Ahora me gustaría presentarle a algunos caballeros."

Joan giró el cuello cuanto pudo para ver quién o quiénes se encontraban detrás del general Bedenford. Había cuatro hombres. A uno de ellos lo reconoció de inmediato.

"Ah, capitán Lamorny. Parece que va a convertirse usted en un hombre rico. Un traidor cobarde sin honor alguno, claro, pero un hombre rico después de todo." Las palabras de Joan estaban cargadas de desprecio. Bedfordsonrió y volvió la vista hacia Lamorny, observando su reacción.

"Puedes insultarme todo lo que quieras," dijo el piloto intentando parecer indiferente a los insultos de Joan, aunque sus ojos demostraban lo contrario. "Estoy convencido de que los bretalianos representan el futuro. Simplemente he escogido estar en el bando ganador, como muchos otros harán antes de que esto termine."

"¿Qué los bretalianos son el bando ganador?" preguntó Joan con intencionado sarcasmo, decidiendo tratar a Lamorny con la misma falta de respeto que él le mostraba a ella. "¿Dónde te has pasado tú el último año?"

"Mejor debería preguntarse dónde va a pasar usted el próximo," intervino Bedfordson, molesto por el recordatorio de Joan acerca de las derrotas bretalianas.

Joan le ignoró y siguió mirando a Lamorny, sonriendo con desdén al hacerlo. "Dime, Lamorny, ¿realmente piensas que ellos van a confiar en un traidor como tú? Ya sabes, aquéllos que traicionan una vez, pueden hacerlo de nuevo. Si son inteligentes, te eliminarán a ti y a tu estimado amigo Smeigger en cuanto dejen de necesitaros. Viendo que no te han enviado de vuelta al *Armonía*, a lo mejor es que ese momento ha llegado ya..."

"¡Cállate! No dices más que estupideces." A pesar de su tono bravucón, Joan vio la duda aparecer en sus ojos, y eso le hizo más fácil el conservar la sonrisa."

"Debe usted saber, comandante, que el teniente Smeigger no es en absoluto un traidor;" explicó Bedfordson. "Smeigger es bretaliano y mostró un gran valor al ofrecerse voluntario para infiltrarse en la Armada de la República. Todo este tiempo ha estado siguiendo mis órdenes directas." Joan miró fijamente a Lamorny entrecerrando los ojos, sin dejar de sonreír. El general Bedfordson no había dicho nada para defender a Lamorny, con lo que de algún modo refrendaba la validez de lo que Joan había dicho sobre él. Lamorny también se dio cuenta y parecía estar a punto de protestar, pero Bedfordson no le permitió hablar.

"Tenía usted cosas que hacer en el hangar, ¿no es así, capitán Lamorny?"

"Claro, señor," respondió el piloto tras una breve vacilación. "Es hora de preparar el ataque contra el *Armonía*, mientras tienen a todos sus cazas dando vueltas por Remisse, buscando a su preciosa heroína." La mirada que le dirigió a Joan estaba cargada de odio. Parecía estar diciendo *¿y ahora qué vas a hacer?* Joan tuvo que esforzarse para mantener su expresión, de forma que Lamorny no tuviera ocasión de disfrutar de su desasosiego al oír lo del ataque

al *Armonía*. Sin poder ocultar cierta decepción al no ver reacción alguna en ella, el piloto saludó a Bedenford y salió de la habitación.

Joan observó bien a los otros tres hombres. Las caras de dos de ellos le resultaban familiares, pero no conseguía recordar donde los había visto antes. El tercer hombre era diferente. Iba vestido completamente de negro, y su cara estaba semioculta bajo una capucha. Sintió frío con sólo mirarlo. El mismo frío que había percibido la noche antes, cuando estaba con Tobb...

"Estos caballeros son los senadores de la República Tremoulin y Borgonne," dijo Bedenford extendiendo una mano hacia los dos primeros hombres. Ambos saludaron a Joan con una inclinación de cabeza. Tremoulin sonrió. *Senadores, claro*. Joan los había visto en el Palacio del Senado la única vez que había visitado Coruscant, hablando con el canciller Carless. Todo empezaba a encajar. Tenía que haber gente dentro de la República que vieran a los bretalianos como su mejor oportunidad para alcanzar una posición superior, una a la no habrían podido acceder con métodos lícitos ni tampoco por sus propios méritos. Entre ellos, algunos serían militares como Lamorny. Otros serían políticos como estos dos, y probablemente habría otros muchos. Gente sin otro ideal que el de perseguir su propio provecho, dispuestos a engañar y a traicionar con tal de alcanzar ese único objetivo. Joan torció el gesto con disgusto, pero decidió no prestarles ni un segundo más de su atención. El que le interesaba era el tercer hombre.

El general Bedenford se percató de hacia dónde se dirigía la mirada de Joan y sonrió. "Bien, Joan d'Arc, la famosa Jedi de Alderaán. Imaginé que podría usted estar interesada en conocer a un auténtico Caballero Jedi. O mejor aún, a un Maestro Jedi. Es un honor para mí poder complacerla. Le presento al Maestro Calhuch."

El hombre dio un paso al frente y Joan pudo verle con más claridad. Enseguida descubrió la razón de que se cubriera con una capucha. Su rostro estaba completamente surcado por horribles cicatrices y extrañas deformaciones. Sin haberlos visto nunca con anterioridad, Joan comprendió con horror que esos eran algunos de los efectos causados por el uso prolongado del Lado Oscuro de la Fuerza. En realidad, era como si la luz misma se encogiera alrededor de la figura del supuesto Maestro Jedi, dotándole de un aura hecha de oscuridad. De negra y profunda maldad. Joan tragó saliva, esperando con ansiedad y temor a que el ser le dirigiera la palabra. Hasta el momento él ni siquiera la estaba mirando, sino que parecía absorto en la contemplación de algo que llevaba en las manos. Al fijarse en ellas, Joan reconoció su sable láser.

"He aquí el sable del Maestro Jonderiis," dijo Calhuch por fin, haciendo girar lentamente entre sus manos la antiquísima arma. Su voz parecía antinatural, como si estuviera hablando desde dentro de una cueva. Cuando levantó su mirada hacia ella, Joan sintió como si una mano helada estuviera hurgando en su alma. No pudo evitar un súbito escalofrío, causado por el miedo y la repulsión a partes iguales.

"Las historias sobre ti eran ciertas," continuó él. "Eres poderosa, sí, pero no eres más que una muchacha. No eres un Jedi en absoluto. Ahora mismo estás muerta de miedo."

Joan no quiso contestar. Ni siquiera quería estar en el mismo cuarto con semejante monstruo.

"Pero te has convertido en todo un símbolo para la República. Todos te siguen adondequiera que vas, y con tu insistencia en combatirnos, te has vuelto un obstáculo que ahora tendremos que eliminar sin más."

"Tú tampoco eres un Jedi," dijo Joan por fin. "Los Caballeros Jedi no prestan su ayuda a tiranos y asesinos. Los Caballeros Jedi no usan el Lado Oscuro."

La risa de Calhuch le resultó repelente. "Ésos que tú llamas Caballeros Jedi no son otra cosa que cobardes y estúpidos, demasiado asustados de sí mismos como para usar el don que se les ha dado. Se limitan a observar el Universo, a dejar que las cosas pasen, cuando podrían ser ellos quienes construyeran su propio destino. No merecen tener este poder."

"Pero tú eres diferente, no es así?" Joan intentó poner en su voz tanto desprecio como un momento antes le había dirigido a Lamorny, pero sólo lo consiguió a medias.

"Por supuesto," contestó Calhuch sin inmutarse en lo más mínimo. "Y no estoy solo. Nosotros y nuestros aliados construiremos un nuevo orden en los mundos que conquistemos, y si tu lastimosa República se nos sigue oponiendo, la destruiremos de una vez por todas. Tú vas a ayudarnos a hacerlo."

"¡¡¡NUNCA!!!" gritó Joan, alzándose involuntariamente y haciéndose daño con las argollas que la sujetaban.

"Ah, pero es que ya nos estás ayudando. Ahora mismo, mientras hablamos." Calhuch sonreía abiertamente, mostrando los dientes en una mueca espantosa. "Tenemos agentes infiltrados en todos los niveles, en todos los ámbitos de tu estimada República. Desde hace algún tiempo, hemos hecho correr el rumor de que todos tus triunfos se deben a que utilizas poderes del Lado Oscuro de la Fuerza. La gente no sabe lo que es realmente la Fuerza, ya lo sabes, y mucho menos lo que es el lado Oscuro, pero basta su sola mención para disparar el terror en las mentes más simples. Tantos holodramas acerca de Caballeros Jedi... Seguro que tú misma has crecido viéndolos, ¿no es así?" Joan no respondió, pero a Calhuch no le hacía ninguna falta que lo hiciera para saber el efecto devastador que estaban causando sus palabras. "Una vez que has mencionado esas palabras mágicas, *Lado Oscuro*, es fácil hacer creer a cualquiera que la valiente Joan d'Arc no es más que una impostora de la peor especie, una alimaña conspirando para obtener el poder para sí misma, manipulando y retorciendo los pensamientos de aquellos que la rodean. Incluso los del mismísimo Canciller Supremo..." Joan le escuchaba con los dientes apretados, llena de indignación y de ira, que no obstante trataba de

contener. Calhuch la estaba provocando, lo sabía, pero era difícil no entrar en su juego. En ese sentido, las argollas eran una ayuda más que una humillación. De no ser por ellas, quizá hubiera intentado ya salir de aquí por la fuerza, o mejor aún, hacer que ese Maestro Oscuro y su cohorte de traidores dejaran de sonreír con esa repelente condescendencia. Calhuch se daba perfecta cuenta de lo que Joan sentía y estaba disfrutando al máximo de ello. Se agachó frente a ella, acercando su cara a la suya hasta que Joan no pudo ver otra cosa más que sus ojos, cargados de malicia, y los bultos y cicatrices que los rodeaban. Su aliento era tan repulsivo que le hizo arrugar la nariz de puro asco.

"Ya lo verás," dijo Calhuch, casi en un susurro. "Con el tiempo te culparán por cada desastre, por cada catástrofe, por cada plaga que asole tu querida República. La gente tiene mala memoria. Ahora eres aún una heroína y muchos llorarán hoy por tu pérdida, pero ay, muchos también te maldecirán llegado el momento, enfrentándose a los que todavía se empeñen en defenderte. Sí, joven Jedi. La República se verá dividida por tu causa, y ésa será la razón final de nuestro triunfo."

"¡No, no vais a triunfar!" exclamó Joan, incapaz de contener las lágrimas de rabia que corrían por su cara. "Cuantas más mentiras digáis sobre mí, menos serán los que las crean. La gente no es tan estúpida como crees."

Calhuch soltó una carcajada, enormemente complacido al ver a Joan saltar de esa manera. "¿Eso es lo que crees? Me temo que muy pronto descubrirás lo profundamente equivocada que estás." Tras decir eso, Calhuch se ajustó la capucha y se dirigió a la puerta sin volver a mirar atrás.

"Adiós, Jedi de Alderaán," dijo Bedenford, eclipsado durante unos instantes por la poderosa presencia del Maestro Oscuro. "Volveremos a vernos más tarde."

Cuando la puerta de la celda se cerró tras ellos, Joan se quedó sola con su angustia. Lamorny había dicho que los bretalianos se disponían a atacar al *Armonía*. El corazón se le llenó de miedo por Tobb y por sus otros amigos. No podía intervenir ni tampoco avisarles. No podía hacer absolutamente nada por ellos. Y eso era sólo el principio. Los bretalianos estaban respaldados por un Maestro Jedi que se había pasado al Lado Oscuro. Joan lo había presentado sin saberlo. Si Calhuch decía la verdad, la galaxia entera podría terminar sufriendo por su causa. Sus premoniciones habían estado diciéndole todo el tiempo lo que estaba a punto de pasar, pero ella las había ignorado. Ahora era ya demasiado tarde.

Joan lloró en silencio por largo rato hasta que al fin, por puro agotamiento, se quedó dormida.

Capítulo III

Tan pronto volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que se encontraba en un cuarto diferente. Las argollas habían desaparecido. Joan se preguntó por un instante cómo era posible que no se hubiera despertado mientras se las quitaban, pero la respuesta era obvia: antes de moverla a este nuevo emplazamiento, sus captores le habrían suministrado alguna clase de droga, o quizás el mismo gas que la había dejado sin sentido en la bodega del carguero. Joan pasó una mano por la pared. Estaba hecha de piedra natural, poco trabajada. No había vibraciones, ni ningún sonido que ella pudiera percibir. Desde luego ya no estaba en una nave.

Joan se levantó y estiró sus miembros. Era bueno poder volver a moverse. Sus muñecas y tobillos todavía tenían las marcas de las argollas, pero no le molestaban. Tenía un hambre terrible. Le habían quitado las botas, el cinturón y las sujeciones del traje de vuelo con el atalaje de seguridad, es decir, todo aquello que podría haber sido empleado como arma. *O para suicidarme.* Aunque a ella jamás se le ocurriría hacer tal cosa, los bretalianos no tenían por qué saberlo. Joan no necesitó demasiado tiempo para inspeccionar el lugar. No había ninguna ventana, tan sólo una puerta metálica. Sintióse un poco estúpida mientras lo hacía, comprobó si estaba cerrada. *Pues claro que lo está, ¿qué esperabas?* Había muy escaso mobiliario en el cuarto. La litera sobre la que se había despertado, una unidad higiénico-sanitaria de campaña y nada más. Ni siquiera una triste mesa o una silla.

Durante un rato se dedicó a hacer algunos ejercicios físicos en el limitado espacio del que disponía. No sabía cuánto tiempo se iba a pasar encerrada, pero fuera el que fuera no pensaba descuidar su forma. Cuando rompió a sudar se quitó la parte de arriba del traje de vuelo, conservando la camiseta, y siguió hasta que el cuerpo le dijo que ya era suficiente por un día. Tras el ejercicio, su apetito era más intenso todavía, pero no había nada que pudiera hacer de momento. Tarde o temprano tendría que venir alguien. Tenían que darle de comer. *Supongo que no han montado una operación de esta envergadura para capturarme y luego dejarme morir de hambre.* Joan se encogió de hombros. Tras asearse lo mejor que pudo en la unidad de campaña, se sentó sobre la litera con las piernas cruzadas y la espalda recta contra la pared. Entonces se dedicó a meditar y a practicar las técnicas de relajación que había estado perfeccionando durante el último año. Debían haber pasado varias horas desde que se había despertado cuando Joan oyó un ruido metálico fuera del cuarto. Unos segundos después la puerta se abrió. Al momento asomó un pequeño ser portando una bandeja con comida. Joan se levantó de un salto y miró a través de la puerta abierta, por encima de la cabeza de la criatura, pero se quedó donde estaba al ver una segunda puerta metálica más allá, firmemente cerrada.

"Otra puerta hay, me temo," dijo el desconocido en un tono que sonó casi como una disculpa.

Joan volvió a sentarse sobre la litera, observando al ser con mayor atención. Era muy pequeño, apenas unos setenta centímetros de altura. Su piel era de un color verde pálido, sus orejas largas y puntiagudas, y sus ojos muy grandes y muy azules, con gruesas cejas negras. Su cabeza estaba coronada por una gran mata de pelo oscuro, y lucía una pequeña perilla. En conjunto su aspecto resultaba un tanto cómico, pero incitaba más a la simpatía que a la risa. Joan se relajó. Todo en el ser inspiraba bondad.

"¿Quién eres?" le preguntó.

"Yo soy el que comida te trae, hehehe, pero si mi nombre es lo que preguntándome estás, Yoda es."

"Hablas de una manera... muy extraña," dijo Joan sonriendo. Yoda le había caído bien de inmediato, y ella solía fiarse mucho de sus primeras impresiones.

"Eso piensas, ¿eh? Hehehe, una cosa relativa eso es, sí. ¡Pienso yo que eres tú quien de una manera extraña habla!" Joan le miró abriendo mucho los ojos, y entonces se echó a reír. Yoda tenía razón. Todo era relativo. "Ah, veo que lo has comprendido," dijo Yoda asintiendo con la cabeza y enseñando los dientes en una sonrisa. "Bien, bien. Pero ahora momento de comer es, sí, hora de comer."

Joan tomó la bandeja que Yoda le ofrecía y se la colocó sobre las rodillas. La comida no era ninguna maravilla, pero estaba tan hambrienta que se hubiera comido prácticamente cualquier cosa.

"¿Puedes decirme dónde estamos?" preguntó Joan con la boca llena de verduras cocidas.

"Ésta es la fortaleza de Compadigne, en el planeta Loira. Te encuentras en lo más profundo del espacio bretaliano, jovencita. Si en escaparte estás pensando, tendrás que ir olvidándote de ello, me temo."

Joan asintió con tristeza, aunque en su fuero interno estaba muy lejos de darse por vencida. Pero había algo que le preocupaba de forma mucho más inmediata que la posibilidad de huir. "Me dijeron que iban atacar al *Armonía*, mi nave. ¿Sabes algo sobre lo que ha pasado?"

"Amigos tienes allí, ¿verdad?" Yoda parecía sinceramente afligido. "Mucho lo siento. Nadie informa al pobre Yoda sobre asuntos de guerra, y nadie responderá si pregunto. Ayudarte no puedo con eso."

Joan asintió en silencio. Aunque intentara no pensar demasiado en ello, el no saber qué había sido de Tobb y de los demás la hacía sufrir muchísimo. Yoda la miraba con simpatía y ternura, como si supiera lo que estaba pensando y se solidarizara con ella. Joan decidió cambiar de tema, hablar sobre cualquier otra cosa con tal de distraer su mente de cualquier pensamiento funesto.

"Es la primera vez que veo a alguien de tu raza, Yoda. ¿De dónde vienes?"

"Oh, muy lejos de aquí mi casa está, sí. Muy lejos," respondió el ser de forma evasiva. "¡Nunca allí has estado, de eso seguro estoy!"

"No, supongo que no. Tampoco es que haya ido a muchos sitios. La mayor parte del último año me la he pasado viajando por el espacio, pero apenas he pisado la superficie de media docena de planetas." Joan se dio cuenta de que Yoda era reacio a hablar sobre sus orígenes, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad. "¿Puedo preguntarte al menos cuántos años tienes?"

"Claro que puedes. ¡Ya lo has hecho! Hehehe... Bien, casi cien años galácticos estándar tengo. Ah, veo en esos ojos que más joven me hacías, ¿eh? Pues saber debes que muy joven para mi especie soy. La mayoría de nosotros más allá de los ochocientos años vive."

"Vaya..."

"Sí, ochocientos años o más nosotros podemos vivir. Pero hay otras especies inteligentes en la Galaxia que viven por más tiempo aún." Yoda parecía divertido por la expresión sorprendida de Joan. "Has vivido entre humanos toda tu vida, ¿no es así?" preguntó señalándola.

Joan tardó un momento en contestar. "Bueno, durante el tiempo que he pasado en la Flota de la República me he encontrado con seres de otras especies, pero supongo que tienes razón."

"Eso no es tan extraño, jovencita. La raza humana, con gran diferencia, la más extendida a lo largo y ancho de la galaxia es. ¿Te has preguntado alguna vez por qué esto es así?"

"Yo... la verdad es que no," Joan se sintió repentinamente avergonzada, no sólo por su ignorancia, sino sobre todo por ser hasta ahora tan poco consciente de ella. Sin embargo Yoda no parecía molesto, ni siquiera condescendiente.

"La razón principal es que, entre todas las otras formas de vida inteligentes, una de las esperanzas de vida más cortas tenéis. Vuestra única posibilidad de supervivencia como especie es multiplicaros tanto como podáis. Aún cuando eso signifique invadir el espacio natural de otra gente, hehehe. Lo de menos es si esa otra gente son o no también humanos. La mayoría de las guerras que esta galaxia ha visto desde tiempos remotos empezadas han sido por humanos. Los bretalianos humanos son, al igual que la mayoría de los soldados de la República. La característica principal de tu raza la agresividad es." La expresión de Yoda se había vuelto muy seria, y su tono se había ido haciendo más grave a medida que hablaba. Joan sintió que tenía que defender de alguna forma a su propia especie, pero titubeó antes de comenzar siquiera. Yoda estaba en lo cierto, le gustase o no. El pequeño ser sonrió abiertamente, mostrando de nuevo sus dientes blanquísimos.

"Muchas cosas buenas también tenéis, claro," dijo Yoda levantando las manos de forma conciliadora. "Sí, la habilidad para adaptaros a muchos

ambientes diferentes tenéis. Y cierto es que a muchos de los lugares que habéis invadido, civilización y cultura habéis llevado también. Aunque a veces las formas de vida nativas lo suficiente para apreciarlo no han vivido, no."

Joan no supo qué decir. Sintió que se ruborizaba en nombre de toda la raza humana.

"¿Crees que no hay esperanza para nosotros?"

"¡Oh, la hay, claro! Cuando te encuentras a un humano a solas, a encontrarlo interesante puedes llegar. Incluso adorable a veces." Yoda le guiñó un ojo. "Cuando muchos humanos juntos hay es cuando los problemas empiezan, hehehe. Pero una inmensa capacidad por el amor, eso también tenéis. Intensamente amáis, sí. Eso es lo que hace que conoceros merezca la pena."

Joan sonrió, sintiendo un respeto cada vez mayor por este ser, pequeño en el físico, pero grande sin duda en su interior. Sus ojos parecían iluminados con el conocimiento y la sabiduría pero, por encima de todo, Yoda rezumaba comprensión y tolerancia. Joan se preguntó cómo alguien así llegaría a ser cuando acumulase ochocientos años de experiencia y aprendizaje. Fue entonces cuando se le vino a la mente una pregunta. Una que casi le daba miedo hacer, porque de su respuesta dependía el que Yoda le siguiera pareciendo o no un ser tan admirable.

"Yoda..."

"¿Sí?"

"Me preguntaba... ¿Qué estás haciendo tú con los bretalianos? No te ofendas, por favor, pero eso es algo que no puedo entender después de todo lo que me has dicho."

Yoda suspiró como si se sintiera repentinamente muy cansado.

"Una buena pregunta ésa es, jovencita. Una buena pregunta, sí. A veces nuestras vidas toman extraños derroteros. Yoda hizo una pausa antes de continuar, como si dudara por dónde empezar. "La presencia de la Fuerza, alrededor de mí, siempre con intensidad he sentido. Desde que nací. Mi deseo, saber sus misterios ha sido. Su camino seguir. Queriendo aprender me decidí a viajar, algo que los miembros de mi especie raramente hacen. A la vista de lo que encontrado he, hacen bien en quedarse en casa. En casa, sí." Yoda suspiró de nuevo. "A Loira vine en busca de un bretaliano, sobre quien dicho me habían que ayudarme podría, sí, a entender todo aquello que ignoraba sobre la Fuerza. Ese hombre el Maestro Calhuch era."

"¡Pero si es un Jedi Oscuro!"

"Sí, en eso convertido se ha." La sonrisa de Yoda había desaparecido por completo, y su cara mostraba una expresión de pena casi infinita. "Pero no

siempre fue así. Cuando le conocí, un respetado Maestro de Jedi él era, y muchas cosas de él yo aprendí. Pero demasiado ávido estaba él por descubrir todos los secretos de la Fuerza, más allá de las enseñanzas que él mismo había recibido. Un Maestro no sería aquel que se conformase con saber lo mismo que aquellos que le enseñaron a él, una verdad esto es, pero Calhuch fue demasiado lejos. Demasiado lejos, en verdad. Empezó a experimentar con el Lado Oscuro, utilizando técnicas que no habían sido empleadas desde la caída de los antiguos señores Sith. Según él, los Sith no eran tan malvados como se pretendía, sino tan sólo el bando perdedor en una guerra ganada por la Orden de los Jedi, que fueron quienes la historia escribieron. Prevenirlo intenté, pero escucharme no quiso. Marcharme debí entonces, pero no lo hice. Luego tarde fue ya. Atrapado estoy ahora entre Cañhuch y sus seguidores. Con desprecio me miran, no sólo por mi tamaño, sino por mi negativa a ser en el Lado Oscuro instruido. La esperanza perdido he en devolverlos al Lado Luminoso, y lo bastante fuerte no soy como para a ellos enfrentarme. Todo lo que hacer puedo es intentar hacerles la vida más fácil a sus víctimas. A gente como tú, sí. Mientras problemas no cause, me permiten seguir así, cocinando y trayendo la comida a los prisioneros." Yoda se volvió hacia Joan y, por un instante, ella pudo sentir la inmensa tristeza que embargaba a este ser. Pero de pronto pareció cambiar de actitud, como si no quisiera agobiarla con sus propios problemas, y volvió a sonreír de oreja a oreja. "¡Cocinado he las verduras que te estás comiendo, así que espero que de tu comida estés disfrutando, sí!"

Joan le echó un vistazo a la bandeja y se rió para sí. En un primer momento la habilidad del cocinero y la calidad de los ingredientes no le habían merecido demasiada consideración, pero ahora decidió no dejar nada en el plato para que Yoda no se ofendiese. *Aunque no creo que sea de los que se ofenden por tan poca cosa.* Cuando terminó de comer, Yoda recuperó la bandeja y caminó hacia la puerta.

"Ellos la segunda puerta no abrirán hasta que la primera cerrada esté, y comprobarán primero que solo estoy en el espacio entre ambas, así que..."

"No te preocupes, Yoda, lo entiendo. Muchas gracias."

"¡No hay de qué, jovencita! ¡Para la cena te veré, hehehe!"

Capítulo IV

Los días pasaban con lentitud. Yoda era la única persona a la que Joan veía, y su única compañía por tanto. Una gran amistad había empezado a crecer entre ambos. Yoda dedicó algún tiempo a enseñarle cosas sobre la Fuerza, contestando sus preguntas, mostrándole algunos trucos y compartiendo con Joan preciosos fragmentos de la sabiduría Jedi. Joan disfrutó visiblemente con esas lecciones, pero de vez en cuando su mirada parecía perdida, y más de una vez Yoda la había visto suspirar, o incluso secarse una lágrima a escondidas. Yoda sabía demasiado bien cuáles eran las causas de que la muchacha estuviera tan triste y desesperada, de que cada vez fuese más raro verla sonreír. Él había intentado obtener algo de información acerca del destino de su nave, la *Armonía*, con la esperanza de llevarle alguna buena noticia que aliviara su pesar, pero no había tenido éxito. Las preguntas indirectas que le había hecho al propio Calhuch habían sido respondidas por el silencio o bien, lo que era aún peor, por una sonrisa irónica. No se atrevía a utilizar la Fuerza para persuadir a ninguno de los oficiales bretalianos para que le dijeran lo que quería saber. Calhuch se daría cuenta, y las consecuencias podrían ser terribles. En el mejor de los casos, prohibiría a Yoda que volviera a ver a Joan, y entonces la muchacha no tendría ningún amigo aquí. Yoda estaba angustiado por ella. Ante sus ojos, la pena la estaba consumiendo día a día. Él no podía hacer nada para evitarlo, salvo estar junto a ella todo el tiempo que le era posible y distraer su mente lo mejor que sabía.

Joan llevaba tres meses cautiva el día en que la puerta se abrió y en lugar de Yoda entró el general Bedenford, acompañado por el senador Tremoulin. Este último portaba un pequeño maletín de cuero negro. Tras ellos, dos soldados bretalianos se colocaron a ambos lados de la puerta, apuntando a Joan con sus armas. Joan se sorprendió sólo un poco de estas precauciones. Al parecer, ahora que no se encontraba encadenada, el general prefería evitar correr riesgos con ella.

"Bien, ¿cómo está la Jedi de Alderaan esta mañana?" preguntó Bedenford con una sonrisa que pretendía ser amistosa.

"No podría estar mejor, muchas gracias," contestó Joan levantándose. "Mis aposentos son maravillosos y la comida es excelente. Tendré que felicitar al gerente del hotel cuando me marche."

Bedenford y Tremoulin se rieron.

"¡Ah, qué encantadora es usted! Me alegro de encontrarla de tan buen humor, comandante, ya que le traigo buenas noticias."

Joan le miró con desconfianza, pero no pudo contenerse a pesar de todo. "¿Buenas noticias? ¿Van a decirme al fin qué ha sido del *Armonía*?" Joan se mordió el labio nada más terminar, enfadada consigo misma por ponerse en evidencia de esa manera.

"Ya le dije que el enano no estaba haciendo esas preguntas para satisfacer su propia curiosidad," dijo Tremoulin mirando al general Bedenford.

"Sí, era más que obvio," respondió éste, para quién el gesto de Joan no había pasado desapercibido. "Tendrá usted que continuar preguntárselo, comandante, " le dijo con ironía. Joan reprimió su enojo lo mejor que pudo y volvió a sentarse sobre la litera. "Bien," continuó el general bretaliano, "¿quiere oír mis noticias o no?"

"Prosiga," respondió Joan de forma lacónica, encogiéndose de hombros.

"Muy bien. Se le va a permitir enviar un mensaje a su amigo el Canciller Carless." Joan frunció el ceño. ¿Qué estarían tramando estos ahora? No tuvo que esperar mucho para saber la respuesta. El propio Bedenford se la dio al instante. "Podrá usted pedirle que *compre* su libertad. Si la República acepta pagar, digamos, un rescate razonable, y además acceden a liberar a cierto número de prisioneros bretalianos, podrá usted marcharse de aquí."

Mal tienen que irlas las cosas a los bretalianos si se presentan aquí con semejante oferta.

"¿Y a qué llaman ustedes un rescate razonable?"

"A un buen montón de créditos de la República," fue la respuesta de Bedenford. Joan captó un atisbo de ansiedad proveniente del general. *Vaya*. Sin duda, la guerra se estaba prolongando bastante más de lo que los bretalianos habían calculado. Y les estaba costando muchísimo más. Al parecer, el Consejo Bretaliano estaba realmente desesperado por obtener nuevos recursos para continuar financiando sus operaciones militares

"¿Y qué opina su amigo Calhuch de esto?"

"El *Maestro* Calhuch no está de acuerdo con que le hagamos a usted esta proposición," contestó el senador Tremoulin antes de que Bedenford dijera nada, "pero tampoco le preocupa. Según él, el Canciller Carless no moverá un dedo por usted, y si le soy sincero, yo soy de la misma opinión." Joan se dio cuenta de que el senador intentaba provocarla para que dijera si pensaba o no lo mismo que ellos, pero ella permaneció en silencio, como no dándose por aludida. Tras el error imperdonable que había cometido preguntando por el *Armonía*, no estaba dispuesta a seguir facilitándoles las cosas a sus captores.

"En fin, ya lo veremos," dijo Bedenford. A pesar de su irónica sonrisa, el general no parecía demasiado feliz. Joan se dio cuenta de que no le gustaba en absoluto la idea de dejarla en libertad. La respetaba lo suficiente como para no desear tenerla de nuevo enfrente en el campo de batalla. Ya había perdido a demasiados hombres y a demasiadas naves a manos del escuadrón Milagro. Si a pesar de todo estaba aquí, proponiéndole algo que a él personalmente no le satisfacía, tenía que ser por una orden directa del Consejo Bretaliano, y Tremoulin venía con él para asegurarse de que la obedeciera. Joan no tenía

más remedio que sentir cierto respeto recíproco por Bedenford. El general, como si notara que Joan sabía de algún modo lo que estaba pensando, dejó de sonreír y la miró con impaciencia. "¿Va usted a enviar ese mensaje o no?"

Joan permaneció en silencio meditando la respuesta, mirándose las manos enlazadas sobre sus rodillas. Ciertamente las demandas de bretalianos serían elevadísimas, y ella no quería poner a la República en una situación difícil. Joan era consciente de su inmensa popularidad, aunque no siempre le agradara. Ahora se convertiría en un factor a tener en cuenta, algo que podría obligar al canciller a aceptar, aún sin el acuerdo del Senado, y aunque la República no pudiera permitirse en realidad ceder ante los bretalianos. *Claro que, si los agentes bretalianos han tenido éxito en su campaña de difamación contra mí, la presión popular podría no ser tan alta después de todo.* Joan no quería aceptar. No debía hacerlo. Pero el tiempo que había pasado encerrada allí, y sobre todo la angustia por la falta de noticias del exterior, habían debilitado su voluntad. Quería ser de nuevo libre, ver a Tobb, a sus amigos, a todos aquellos que se negaba a pensar que pudieran estar muertos, con ataque o sin él. Y también quería ver a sus padres. Había pensado mucho en ellos esos últimos días. Aunque no había vuelto a verlos desde que se fue de Gerillia, había seguido utilizando la Holored para dejarles mensajes de cuando en cuando, casi siempre que volvía de una misión. Era muy posible que ellos intentaran contestarle a su antigua dirección, pero ella no se había atrevido a acceder a ella desde el *Armonía*, por miedo a delatar su verdadera identidad, a salvo hasta el momento a pesar de su fama. Seguramente, cuando la ceremonia de Alderaán fue transmitida a todas partes, y tras haber recibido aquel primer mensaje de Joan, habían decidido callar y encubriarla, desengañando a los conocidos y familiares que les preguntaran si aquella era su Joan. *Pobrecillos, lo que deben haber aguantado por mi culpa.* Ahora se arrepentía de no haber intentado leer sus respuestas. Se había imaginado tantas veces cómo sería ir a Gerillia con Tobb y abrazarlos a de nuevo... Quizás a Tobb Gerillia le gustara lo suficiente como para quedarse allí, una vez que la guerra hubiera acabado. Tenía tantas ganas de estar con él, le echaba tantísimo de menos... Ahora le estaban diciendo que había una posibilidad de salir pronto de esa prisión y volver a ver a sus seres queridos. Aunque eso significara hacer algo que no quería hacer. ¿Tendría fuerzas para decir que no? En su interior, parecía haber dos facciones luchando por imponerse, la encabezada por su sentido del deber, y la que tan sólo quería vivir, y vivir libre. Joan se debatió entre ambos extremos por minutos enteros, provocando la impaciencia de Bedenford y de Tremoulin, que no obstante esperaron en silencio a que ella se decidiera. Finalmente Joan agachó la cabeza, sintiéndose derrotada y hundida, sin poder dejar de pensar sin embargo *Soy demasiado joven para convertirme en mártir.* Sin levantar la vista para mirar a Bedenford, dio su respuesta en una voz que fue poco más que un murmullo.

"Sí, lo haré."

"Me alegro de que haya usted decidido colaborar." A Joan le resultó difícil saber si Bedenford se alegraba realmente o, si por el contrario, estaba decepcionado. Le daba igual. Lo que pensara de ella un general bretaliano,

incluso lo que pensarán de ella todos los que hasta entonces la habían aclamado, no tenía por qué importarle.

Aunque la rendición dolía. Dolía de verdad.

Tremoulin abrió el maletín y extrajo un dispositivo de grabación holográfico. Al parecer querían que se viera la celda en la que Joan se encontraba.

"Podemos empezar cuando estés lista," dijo Tremoulin tras comprobar el mecanismo y apartarse hacia atrás. "Medite bien sus palabras. Seguro que no le apetece que tengamos que repetir la grabación entera."

Joan asintió. Respiró profundamente un par de veces, pensando en qué iba a decir y cómo empezar a hacerlo. Era curioso que no le hubieran dado escrito lo que querían que dijera. Tal vez no querían que se notara que se trataba de un mensaje dictado por los bretalianos. En todo caso, Joan estaba segura de que terminarían por darle un guión si lo que dijera no les gustaba. Al cabo de unos minutos asintió con la cabeza en dirección a Tremoulin y éste activó el grabador. Joan miró directamente al foco primario y comenzó a hablar.

"Canciller supremo Carless, soy la comandante Joan d'Arc. Usted me conoce bien. Como seguramente ya sabe, hace tres meses caí en una emboscada y fui capturada por los bretalianos. Ahora han decidido ofrecerle mi libertad si la República acepta pagar a cambio un importante rescate, así como poner en libertad a algunos de sus prisioneros. Sé bien que son duras demandas, pero a pesar de todo le ruego a usted y al Senado que las acepten. Por favor, no crea usted las mentiras que pueda haber oído decir sobre mí. Siempre he servido bien a la República. Siempre le he sido leal, y jamás le he pedido nada. Pero ahora tengo que suplicarle que me ayude. Sáqueme de aquí, canciller. Decida lo que decida, que la Fuerza le acompañe a usted y a toda la República."

"¡Perfecto!" exclamó Tremoulin deteniendo la grabación. "Realmente perfecto, teniendo en cuenta que no ha podido ensayarlo antes, ¿verdad, general?"

"Sin duda."

"Muy bien, comandante, enviaremos su mensaje al canciller con nuestras demandas detalladas. Le informaremos de la respuesta en cuanto llegue."

Tras recoger el grabador, el senador y el general se marcharon, dejando a Joan sola de nuevo. Al momento, una sensación terrible de vergüenza la invadió. Sintió que la sangre se le subía a la cara. *¿Qué he hecho?* Tenía ganas de ponerse a llorar, de gritar a través de la puerta que no enviaran ese mensaje, pero no lo hizo. Y es que, a pesar de todo, un sentimiento más fuerte se estaba abriendo paso en su corazón, imponiéndose a la humillación y a la rabia, a la frustración y a la pena. Tardó en reconocer lo que era, y al principio se negó a aceptar el calor y el consuelo que le ofrecía. Pero poco a poco se fue dejando llevar, aceptándolo y agradeciéndolo, refugiándose en él.

Ese sentimiento era la esperanza.

Capítulo V

[Superficie del planetoide KS-31, en el sistema de Kessel]

Alvar Parix observaba como varios efectivos imperiales abordaban la lanzadera que los sacaría de las instalaciones clausuradas. El joven colono se ocultaba tras el muro del perímetro exterior de la base imperial, en una zona donde éste había quedado parcialmente derruido. Casi no podía, no se atrevía a creerlo. Parecía que todos los imperiales se estaban marchando.

Desde hacía varios días, su gente miraba al cielo con nerviosismo, especialmente cada vez que las siluetas en forma de punta de flecha de dos destructores estelares se dejaban ver entre las nubes. Suspendidos allí sobre sus cabezas, lejos, sí, pero no tanto como para no resultar visibles al ojo desnudo, parecían un símbolo de mal agüero, un siniestro anuncio de que peores calamidades que las que habían padecido hasta ahora iban pronto a abatirse sobre ellos. Pero si, como parecía, a lo que habían venido esas naves era a llevarse de allí a las tropas imperiales, ésta sería sin duda una ocasión para la alegría.

"¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo ahí?"

Los reflejos producidos por varios años de esclavitud bajo el Imperio hicieron a Alvar levantar sus manos sobre su cabeza al instante. Un soldado de asalto estaba detrás de él, y ni siquiera le había oído llegar. Alvar hizo una mueca. *Siempre, siempre están a nuestra espalda.*

"Date la vuelta muuuuy despacio, si sabes lo que te conviene."

Alvar obedeció. El soldado estaba a unos diez metros de él, apuntándole al pecho con su fusil láser. "Eeer..., yo sólo... estaba preguntándome cuándo se espera que volvamos al trabajo."

"¡Estúpidos colonos! ¿Es que no ves que la fábrica ha sido destruida?"

Alvar no contestó. Bajó la cabeza y se quedó mirando a las botas del soldado. Esa actitud servil solía funcionar con ellos. Alvar se imaginó durante un segundo atacando y desarmando al soldado, pero sabía con toda certeza que sería abatido mucho antes de que pudiera acercarse a él. Su amigo Petier había podido comprobarlo cuando no hacía aún ni un mes que las lanzaderas de combate se habían posado alrededor de su asentamiento. Aquel día, cuando los imperiales terminaron con Petier, no quedó gran cosa que enterrar.

Otro soldado de asalto estaba acercándose. "¿Quieres quedarte aquí con ellos? ¡Ése es el último transbordador!"

"No, claro no. Prefiero ver los fuegos artificiales desde el destructor." El soldado retrocedió algunos pasos sin dejar de apuntar a Alvar, antes de darse la vuelta y reunirse con su compañero. "Hasta nunca, imbécil."

Los dos soldados de asalto rodearon el muro y pasaron por un hueco en las ruinas, encaminándose hacia la solitaria lanzadera. Apenas unos minutos más tarde, Alvar vio cómo la nave se elevaba levantando una nube de polvo, y poco después desaparecía en el cielo. Al parecer ya no quedaba nadie más por marcharse. Aunque debería sentirse aliviado, no era así en absoluto. Lo que habían dicho esos soldados le inquietaba, aún sin saber a qué se referían. "Ver los fuegos artificiales desde la nave," le había escuchado decir al que le estaba apuntando. *¿Qué fuegos artificiales?* Sobre él, uno de los destructores volvía a ser visible, tras completar una nueva órbita al planetoide. De repente, su silueta le pareció mucho más amenazadora que antes. *No podía ser todo tan hermoso.* El joven echó a correr hacia el pequeño asentamiento de la colonia.

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

Llamarada pulsó el botón que abría las comunicaciones entre el puente de mando y la enfermería de la nave.

"Aquí la oficial de vuelo Agar," respondió la familiar voz de Chistes.

"Hola, Chistes. Aquí Llamarada. ¿Hay algún cambio?"

"Me temo que no. Ninguno en absoluto."

Llamarada golpeó la consola con su puño, haciendo que las pocas personas presentes en el puente se volvieran a mirarla. Había esperado oír alguna buena noticia, por pequeña que fuera. Llamarada se esforzó por serenarse. Los nervios no la llevarían a ninguna parte. Ahora tenía que pensar no sólo por sí misma, sino también por el resto de pilotos del escuadrón, e incluso por la tripulación de la fragata. Mientras Avalancha estuviera enferma - se resistía a pensar que quizá no se recuperara nunca -, todos ellos eran *su* gente. "Está bien, Diana. Dile a Ángel que te releve. Necesitas dormir un poco."

"¿Y qué hay de ti, Avery? Apuesto a que eres la única persona a bordo que no ha descansado desde antes de ayer."

Chistes tenía razón. Llamarada sentía que los párpados se le cerraban sin que pudiera evitarlo. Le pediría a Sombra que viniera al puente durante algunas horas, y así ella se echaría un rato.

"Lo sé. Pienso seguir mi propio consejo. ¿Sabes por casualidad dónde puedo encontrar a Sombra?"

"La última vez que llamó para preguntar por Avalancha, estaba con Víbora en el hangar secundario."

Ah, sí, los Interceptores. "Gracias, Chistes, creo que iré a buscarla allí."

Llamarada consultó un diagrama de la nave para saber cómo llegar al hangar secundario antes de abandonar el puente. Aunque su anterior nave nodriza era también una Nebulon-B, sabía por experiencia que nunca había dos naves capitales exactamente iguales. El turboascensor que tenía que tomar estaba bastante cerca de allí, más o menos por donde había pensado que estaba. Llamarada se puso en marcha.

Durante el corto salto desde la zona donde se habían topado con la patrulla imperial, había estado pensando sobre las escasas probabilidades que tenían de rescatar a los colonos. Quizá era a causa del cansancio, pero el pesimismo estaba empezando a dominarla de nuevo. Habría demasiadas naves enemigas rodeando el maldito planeta, y ellos estarían solos, sin la menor posibilidad de recibir refuerzos. El Alto Mando se había mantenido firme en su decisión de no intervenir. Llamarada había tenido que presentar un montón de disculpas la última vez que habían recibido una comunicación suya, una hora antes, y asegurar que estaban ya de camino. No quería dejar morir a los colonos, pero casi con total seguridad eso era lo que iba a suceder, incluso si ellos sacrificaban sus vidas en un intento desesperado de salvarlos. Llamarada suspiró ruidosamente. *Estar al mando supone una carga tremenda*, pensó no por primera vez en los últimos días. *Ahora entiendo mucho mejor el mal humor con el que Avalancha se levanta algunas mañanas...*

O mejor dicho, con el que se levantaba.

Cuando entró en el hangar secundario no vio a Víbora ni a Sombra, pero sí que oía sus voces. Orientándose por ellas, los encontró en uno de los Interceptores. Sombra ocupaba el puesto del piloto, mientras que Víbora estaba detrás de ella, con la mitad de su cuerpo dentro de la cabina y las piernas colgando fuera, en precario equilibrio sobre el respaldo del asiento. No había bastante espacio en la cabina para los dos, así que Víbora había adoptado esa incómoda postura para explicarle a Sombra donde estaba cada cosa en un Interceptor TIE.

"¿Pretendes que cambiemos nuestros alas-A por estas latas volantes?" preguntó Llamarada.

"¡Ay!" Sobresaltado por la súbita aparición de Llamarada, Víbora se dio con la cabeza en la escotilla de acceso al caza. "Maldita sea..." masculló entre dientes. Frotándose con una mano el lugar en el se había golpeado, Víbora se volvió hacia Llamarada. "Has podido tener una baja en el escuadrón de la forma más tonta."

"¿Estás bien?"

Víbora se miró la mano, pero no había restos de sangre. "Sí. Me va a salir un chichón de concurso, pero no creo que eso me mate. Contestando a tu pregunta anterior, pensé que si vamos a usar estos Interceptores para algo, bien podría daros a ambas algunas lecciones teóricas sobre su manejo."

"Eh, espera un momento," protestó Lllamarada, "¿quién dijo que yo voy a pilotar una de estas cosas?"

"Sombra y tú sois las mejores pilotos de ala-A que hay por aquí, y ése es el caza de la Alianza con unas características de vuelo más parecidas a las del Interceptor TIE."

"Es lo mismo que me dijo a mí," intervino Sombra desde la cabina.

"Instruiré también a algunos de los otros," añadió Víbora. "Iceberg también podría pilotar uno. Yo llevaré el que queda, por supuesto."

"Ya, claro." Lllamarada se puso seria. "Michael, seré honesta contigo. No sé si esto va a ser una buena idea."

Víbora guardó silencio por unos instantes antes de contestar. "No lo es. Estoy intentando no pensar demasiado en ello, pero incluso con la fragata y los Interceptores, no creo que podamos mantener el engaño por mucho tiempo. Desde luego no lo bastante para bajar al planeta, recoger a todos los colonos y volver a la nave. Tenemos muy pocos cazas, e incluso menos pilotos. Cuando los imperiales nos descubran, y doy por sentado que lo harán, nos harán papilla en cuestión de segundos."

"Entonces todo ha terminado," dijo Sombra. "No tiene ningún sentido matarse por nada. Pero entonces... ¿Por qué me siento tan mal?"

"Creo que a todos nos pasa lo mismo," admitió Lllamarada. "¡Es que no es fácil, caramba!"

"¿Cuánto tiempo nos queda?" preguntó Víbora.

Lllamarada consultó su cronómetro. "Cerca de cinco horas."

"Entonces esperemos esas cinco horas. Y recemos para que suceda un milagro."

Capítulo VI

[En el otro lado]

Aquel resultó ser un día muy largo. Joan le pidió noticias a Yoda cuando vino a traerle primero el almuerzo, y más tarde la cena, pero él no sabía nada. Joan fue incapaz de dormir esa noche. La mañana siguiente la puerta se abrió cuando aún debía ser muy temprano, aunque Joan no tenía forma de saber con exactitud qué hora era. Yoda entró con las manos vacías, sin la bandeja del desayuno, lo que confirmaba que era pronto aún. El rostro de su amigo era una máscara de resignación.

"Buenos días," dijo Yoda.

"Por la cara que traes no serán muy buenos."

"Así es. Por fin la respuesta a tu mensaje recibido se ha."

"Veámoslo entonces," dijo ella con un suspiro.

"Una grabación no es, Joan. Es un mensaje escrito." Yoda se sacó de la túnica una hoja de papel sintético.

Qué raro. Joan se preguntó por qué razón podía el Canciller responder por escrito, en lugar de enviar un holograma grabado, aunque sólo fuera con su voz. *Quizá pretende evitar que sea manipulado.* Ésa era una posibilidad, pero una no muy convincente. Joan frunció el ceño y tomó el papel de las manos de Yoda. El mensaje era muy breve, y ella lo leyó de una sola mirada.

"A la ex-comandante Joan d'Arc:

El Canciller Carless ha recibido su mensaje. Él me ha encomendado que le informe que las demandas de los bretalianos serán rechazadas. Estamos al tanto de su traicionero comportamiento. Sabemos que está usted al servicio de los bretalianos, y que se ha dejado seducir por el Lado Oscuro de Fuerza. El Consejo Jedi ha sido convenientemente informado. La República no se dejará manipular por usted nunca más.

Firmado: Almirante Rickermoon "

"No es él," dijo Joan haciendo una pelota con el mensaje y lanzándola con furia contra la pared. Yoda se encogió un poco sobre sí mismo. "El almirante Rickermoon no puede haber escrito esto."

"¿Está firmado el mensaje por alguien llamado almirante Rickermoon?"

"Sí, pero estoy segura de que es falso. Cualquiera podría haberlo escrito. Conozco lo bastante bien al almirante Rickermoon como para saber que él no creería las mentiras de Calhuch y sus agentes. ¿Qué pretenderán conseguir jugando conmigo de esta forma?"

"¿Te importa si el mensaje leo?"

"Hazlo si quieres." Joan se sentó sobre la litera y se ocultó la cara con las manos."

Yoda recogió la pelota de papel y la abrió cuidadosamente. Leyó el mensaje en silencio.

"Tu instinto te sirve bien," dijo al cabo de un momento, "aunque no son Calhuch ni su gente los que sufrir te hacen ahora. Yo estaba allí cuando recibido fue el mensaje original. Ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia. Nunca de mí se preocupan."

"Continúa, por favor." Joan se irguió, quitándose las manos de la cara. Su voz sonaba cargada de ansiedad.

"Oír pude al senador Tremoulin. Dijo él que había hecho rastrear el origen del mensaje, y que enviado había sido, esto seguro era, desde la residencia privada del Canciller Supremo.

"Eso es absurdo. Si el Canciller Carless hubiera escrito eso, que lo dudo, ¿por qué habría de firmarlo con el nombre del almirante Rickermoon? ¿Y por qué contesta a un mensaje grabado con tan sólo un texto escrito?"

"El senador Tremoulin también de eso se extrañó, sí. Seguro estaba él de que el Canciller Carless recibido había tu mensaje. Pero pensaba que hizolo también alguien más, y que la respuesta ese alguien envió. Tremoulin y Borgonne espías tienen en Coruscant, eso ya lo sabes. Díjole Tremoulin a Bedenford que el almirante Rickermoon estado no había en la residencia del Canciller. No durante al menos dos meses."

"Sorelnei," dijo Joan. "Ella escribió la contestación."

"¿Sorelnei? Sí," dijo Yoda asintiendo con la cabeza, "esa era la conclusión del senador Tremoulin. Pero mostrarte decidieron el mensaje de todos modos." Yoda estudió la expresión de Joan. "Me pregunto, ¿quién es Sorelnei? Es tan poco lo que sé..."

"Es la prometida del Canciller Carless. Ella lo controla a él por completo. Si antes lo sospechaba, ahora lo veo ya claro." Joan sacudió la cabeza. Parecía ensimismada. "Yo lo empujé a aceptar el liderazgo de la República. Él nunca quiso ostentar el cargo de Canciller Supremo en realidad, pero no había otro que pudiera hacerlo en esos momentos. Al menos eso creí entonces. Pero Sorelnei ha estado utilizándole todo el tiempo. Es *ella* quien maneja la República, desde la sombra, y desde luego no me quiere a mí alrededor. Tobb

decía que quizás estaba celosa de mí, y yo me reí de él. ¿Será posible que...? Parece una estupidez, pero tiene sentido, aunque quizá no sea el que Tobb sugería." Joan sonrió sin humor. "Sorelnei temía que yo pudiera influir en el Canciller de algún modo. Si conseguí convencerle para que me aceptara en la Flota y me diera el mando de un escuadrón, y más tarde para que él mismo se presentara al cargo de Canciller Supremo, en teoría podría convencerle para que hiciera otras cosas. Por ejemplo, deshacerse de la influencia de Sorelnei, por muy enamorado de ella que estuviera. Quizá debí haberlo intentado."

"Eso no digas Joan," dijo Yoda sabiendo bien a qué se refería ella. "Ni lo pienses siquiera. Hacer algo así peligroso hubiera sido para ti también..."

"Lo sé," Yoda se sintió un poco intimidado por la mirada de Joan, pero ésta no pareció darse cuenta. "Pero no hubiera sido la primera vez, ¿verdad? Sorelnei me vio como un posible enemigo, seguramente con razón, y ahora que he dejado de ser un estorbo para ella, no va a consentir que vuelva a estar cerca de su querido Canciller. Tobb me avisó. Lo hizo, sí, y yo no le hice caso. Y ahora quizá no vuelva a verle nunca."

Yoda se enterneció. Joan le había hablado mucho del humano llamado Tobb, y sabía lo que sentía por él. Las pasiones de los humanos eran muy fuertes. No era extraño que su amiga se sintiera tan afectada. Tenía que intentar consolarla de algún modo. "No, Joan, desanimarte no debes. Si como tú dices ha sucedido, Tremoulin y Bedenford el mensaje enviarán de nuevo."

"Puede," dijo Joan ausente. "Puede que sí. Pero que Sorelnei haya respondido no significa que el canciller Carless no haya visto también mi mensaje. Algo me dice que sí que lo ha hecho, pero dejó que Sorelnei contestara. Ella le convenció de que eso era lo mejor, y él no pudo o no quiso negarse. Lo de firmar como Rickermoon es sólo una broma cruel de ella. Para hacerme daño, ya que sabe del afecto que siento por el almirante." Joan musitó algo entre dientes que Yoda no entendió, pero que sonó como una maldición. "Está visto que Calhuch no necesitaba agentes para difamarme. Sorelnei se bastaba ella sola para eso."

"Si desahogarte necesitas..."

"No. No me hace falta." Joan se sentó sobre la litera con las piernas cruzadas, como tantas veces le había visto hacer Yoda. Pero había algo diferente en ella. Su postura, su actitud, él no sabía bien qué, hasta que se dio cuenta de que no podía percibir los sentimientos de la muchacha. Joan estaba usando la Fuerza para aislarse de todo. También de él. Yoda se sintió profundamente herido, pero no dijo nada. Se limitó a quedarse allí de pie, mirándola, por si acaso cambiaba de idea y volvía a necesitar un amigo. Yoda rogó que así fuera.

Aún seguía allí con ella cuando, un rato más tarde, la puerta de la celda se abrió de nuevo y vio entrar a Tremoulin. Yoda se encogió un poco al sentir la

presencia cercana del Maestro Calhuch. Un instante después también él entraba en la celda, reuniéndose con el senador a un par de pasos de la litera de Joan. Ella se levantó y miró al Maestro Oscuro con rabia contenida. Sus ojos estaban brillantes, aunque Yoda no la había visto llorar.

"Tenías razón, *Maestro*. Nadie pagará una sola moneda por mí."

Calhuch no contestó. Se limitaba a estar allí de pie, observándola bajo su capucha. Entre las sombras Yoda creyó ver que sonreía. Fue Tremoulin el que finalmente contestó a Joan.

"Eso no es del todo cierto, comandante d'Arc. Quizá esté usted preguntándose por qué el general Bedenford no está aquí con nosotros."

"La verdad es que no."

"Se lo diré de todos modos. Sé bien que está usted ansiosa por saber cuál fue el destino de su querido crucero *Armonía*, ¿me equivoco? No, claro que no. Pues bien, el *Armonía* escapó. Nuestra flota no consiguió interceptarlo después de que usted fuera capturada. ¿Está usted contenta?"

Joan no dijo nada. Sabía con total certeza que Tremoulin no había acabado. Se guardaba algo en la manga y decidió esperar a que lo mostrara. No iba a permitirle que volviera a divertirse a su costa. Cuando comprobó que no iba a obtener respuesta, Tremoulin hizo amago de continuar hablando. Antes de hacerlo, no obstante, le echó una mirada de reojo a Calhuch, que no pasó desapercibida ni para Joan ni para Yoda. Este último se esforzaba por parecer invisible en un rincón de la celda. "Hace tan sólo dos horas," continuó el senador, "cuando acabábamos de recibir la contestación a su mensaje, sucedió algo completamente inesperado. Algunos de sus amigos decidieron ignorar tanto sus órdenes como el peligro que iban a correr. Han intentado rescatarla a usted."

Joan se sintió aturdida. *¿Lo han intentado? ¿Quién lo ha intentado? ¿Qué amigos? Si no están aquí, es porque han fracasado. ¿Qué me están ocultando?* Joan miró a Calhuch, todavía en silencio, después a Tremoulin, y entonces de nuevo a Calhuch. Aunque apenas podía distinguir sus ojos bajo la capucha, sentía su mirada fija en ella. Estudiándola. Esperando. *¿Esperando qué?* La oscuridad parecía algo vivo alrededor de su figura. Joan sintió miedo... Y también rabia. Sentía deseos de arrancarle a Tremoulin de la lengua lo que fuera que se estaba reservando, y al infierno con Calhuch. Se giró hacia el senador.

"¿Qué ha pasado? ¡Hable ya!" exigió con repentina furia, casi gritando. Tremoulin dio un involuntario paso hacia atrás.

"Han sido rechazados, por supuesto," respondió el senador con una mueca que pretendía ser burlona, pero que desapareció inmediatamente de su rostro. Tremoulin había visto algo en la mirada de Joan. Algo que no estaba allí un momento antes y que, sin saber por qué, había hecho que se le erizara todo el

vello del cuerpo. Sin poder evitarlo, Tremoulin retrocedió un paso más. Avergonzado por sentirse asustado de una simple muchacha, se forzó a sí mismo a sonreír de nuevo. No obstante, se quedó donde estaba, sin volver a acercarse a Joan tanto como antes.

"El ataque estaba muy bien planeado," explicó, "pero era algo suicida al fin y al cabo. Su famoso escuadrón Milagro estuvo a la altura de su nombre. Sus pilotos consiguieron causar grandes daños en nuestra flota antes de que acabáramos con ellos. Sí, comandante. Acabamos con ellos. *Uno tras otro.*" Tremoulin añadió la última frase con deliberada lentitud.

No hubo ningún cambio visible en la expresión de Joan. Pero había un volcán rugiendo en su interior. Joan aún estaba bloqueando sus sentimientos, pero a Yoda no le hacía falta la Fuerza para comprender al menos parte de lo que estaba pasando dentro de Joan. La miró con preocupación creciente, deseando pedirle que se calmara, que no se dejara llevar por las emociones que en ese momento sentía, pero sin atreverse a hablar en presencia de Calhuch. Joan permanecía en el silencio, inmóvil, como si de pronto se hubiera convertido en una estatua de hielo. Calhuch hizo un gesto casi imperceptible, y Tremoulin volvió a hablar.

"Mientras la mayor parte de nuestras fuerzas estaban ocupadas enfrentándose a sus cazas, un grupo de comandos casi logró atravesar nuestras defensas a bordo de un transporte acorazado. *Casi.* Pero fueron descubiertos a tiempo, y el transporte fue derribado antes de que consiguiera aterrizar en Loira. Ninguno de sus ocupantes sobrevivió."

Tremoulin quiso estudiar la reacción de Joan antes de continuar, pero no apreció ninguna. Calhuch no apartaba la vista de ella. El senador decidió, o pensó que decidía, dar el siguiente paso, hacer lo que Calhuch le había sugerido antes de entrar en la habitación.

"¿Recuerda usted al capitán Lamorny? Sí, por supuesto que lo recuerda. Aunque ni él ni Smeigger pudieron regresar al *Armonía*, Lamorny conserva algunos contactos en la Flota de la República. Pues bien, nuestro hombre los ha utilizado para obtener algo que podría usted querer ver. Lo traigo conmigo. Se trata de la lista de bajas del grupo atacante. Acabamos de recibirla, así que podría decirse que se la doy *calentita.*"

Tremoulin le entregó un papel doblado a Joan. Ella lo tomó con un profundo desprecio reflejado en su mirada, pero nada más. No iba a hacer una escena. No iba a darles lo que querían, fuera lo que fuera. Ella podría no ser una Jedi, pero había aprendido a controlar sus sentimientos cuando era necesario. Al menos casi siempre. Lo que Tremoulin y Calhuch estaban haciendo era increíblemente perverso, pero ella se obligaría a sí misma a leer la lista que había en el papel. Se lo debía a sus amigos.

Había casi sesenta nombres escritos allí, separados en dos grupos. Los pilotos del escuadrón Milagro estaban en el primero, y los miembros del comando en el segundo. Comenzó por los pilotos. Treinta y cuatro de ellos

habían muerto o habían sido dados por desaparecidos, lo que era casi lo mismo, ya que Tremoulin no había hablado de prisioneros. Treinta y cuatro. Más de un escuadrón. Joan leyó nombre por nombre con dolor creciente. Uno de los primeros era el del teniente Trillian. Pobre muchacho. Seguramente se culpaba aún a sí mismo por la captura de Joan. Continuó leyendo. Metzzy, Poulen, Hirel, Dovan, Bostous... Todos sus pilotos estaban allí, además de algunos otros que no pertenecían a su escuadrón. Efectivamente, había pilotos de más en la lista. Joan reconoció la mayor parte de esos nombres: pertenecían a miembros del escuadrón Gato Montés. La traición de Lamorny y Smeigger había sido descubierta después de todo. Algunos de sus antiguos compañeros, al parecer, habían intentado limpiar el nombre de su escuadrón participando en la operación para rescatarla a ella. Y también les había costado la vida.

Joan llegó hasta el final del primer grupo de nombres sintiendo un nudo en la garganta, pero se resistía a llorar delante de Calhuch y de Lamorny. No, no les daría esa satisfacción. Ya lloraría más tarde, cuando la dejaran sola. Continuó con el segundo grupo, el de los comandos que iban a bordo del transporte derribado. Joan descubrió sorprendida que también a muchos de éstos los conocía personalmente. Oficiales navales del *Armonía* en su mayoría. Todos eran buena gente. Con todos había pasado ratos a bordo del *Armonía*, o incluso en algunos de sus escasos permisos en planetas. Se acordó de la excursión que habían hecho a Trossey, después de que liberaran ese mundo. Al igual que en el caso de los pilotos, todos estos hombres se habían presentado voluntarios para esta misión, y lo habían hecho por ella. Aquello se hacía cada vez más duro, pero Joan siguió conteniéndose. Uno a uno, leyó cuidadosamente todos y cada uno de los nombres que aparecían en la lista hasta llegar al último. Al leerlo, perdió el control de sus piernas durante un segundo y casi se cayó al suelo. Yoda corrió a sujetarla, pero ella apenas lo notó.

Teniente Tobb Santer.

A pesar de no ser un hombre de armas, Tobb no había querido quedarse fuera mientras otros arriesgaban la vida por salvar a Joan. Y ahora estaba muerto. Sintió un dolor terrible, desgarrador, pero al mismo tiempo una furia infinita. Tenía que haberlo imaginado. Lamorny se había enterado de la relación existente entre Joan y Tobb, y por tanto los bretalianos también lo sabían. Tremoulin había puesto su nombre intencionalmente el último de la lista. Por un instante, deseó creer que se trataba de una nueva artimaña. Tobb estaba vivo, tenía que estarlo, pero habían añadido su nombre allí para torturarla, para hacer que se derrumbase y poder... ¿Qué? Daba igual, lo que fuera que pretendiesen hacer con ella. Quizá la lista entera, junto con la historia del rescate, fuera todo un engaño. Tenía que serlo. *Pues claro que lo es. Malditos canallas. Pero, ¿y si es verdad? ¿Y si Tobb está...? No, no puede ser. ¿pero cómo estar segura? ¿Cómo vivir sin saberlo? Eso es lo que quieren, qué fácil les será ahora manejarme. Pero no. No van a salirse con la suya. Ya he aguantado todo lo que tenía que aguantar. Si quiero, puedo saberlo todo.*

Olvidando todo lo que se había prometido a sí misma que jamás volvería a hacer, Joan utilizó la Fuerza para entrar en la mente de Tremoulin y averiguar la verdad. Lo hizo con violencia, como jamás se hubiera atrevido a hacerlo antes, invadiendo sin piedad los pensamientos del senador y anulando su voluntad, sin pensar siquiera en el daño que pudiera causar. Al hacerlo, se dio cuenta de que no estaba sola en la mente de Tremoulin. Calhuch también estaba allí, controlando y manipulando sutilmente al senador Tremoulin sin que éste fuera consciente de ello, pero la acción de Joan también había pillado por sorpresa al Maestro Oscuro. Si intentó hacer algo por rechazarla, no llegó a tiempo. Joan ya sabía lo que quería saber. El senador había puesto los ojos en blanco y estuvo a punto de derrumbarse, pero Joan ya había salido de él.

Tremoulin no había mentido. Tobb estaba muerto. Todos lo estaban.

Mientras el senador trastabillaba hacia atrás hasta topar con Calhuch, Joan plegó la hoja de papel cuidadosamente y se la guardó en uno de sus bolsillos. Levantó la mirada y se encontró de frente con la del Maestro Oscuro. Su único y verdadero enemigo. *Detestable bastardo*, pensó Joan con fuerza, sabiendo que Calhuch la oiría tan bien como si le estuviera chillando. *Todo esto es cosa tuya. Tú lo has hecho. Mis amigos, el hombre al que amo, están todos muertos por tu culpa*. El odio creció y se expandió dentro de ella como si fuera una ola gigante, devastadora e imparable, que alcanzaba y abarcaba todo su ser, hasta la última molécula, desde dentro hacia fuera. Joan sintió que su cuerpo se llenaba de poder. Un poder inmenso que esperaba ser utilizado. Que *exigía* ser utilizado. Joan apretó los dientes con fuerza y levantó una mano en dirección a sus adversarios.

"Joan, no..." empezó a decir Yoda.

Todo su odio pasó a través de ella como si fuera un puño invisible, lanzando a Tremoulin y Calhuch violentamente contra las paredes. El cuerpo del senador rebotó y cayó al suelo con estrépito, flácido como el de un muñeco de paja. Joan pudo ver sangre saliendo de la parte posterior de su cabeza. La pared estaba manchada en el lugar donde se había golpeado. Calhuch intentaba levantarse, pero también estaba lastimado. Se llevaba una mano al costado. Sin duda tenía alguna costilla rota. Sentado en el suelo, junto a la litera, Yoda temblaba. Por un instante a Joan le pareció más pequeño que nunca, encogido allí abajo, mirándola con las orejas agachadas y los ojos muy abiertos, llenos de horror. Fue entonces cuando entendió lo que acababa de suceder. *Esto es el Lado Oscuro de la Fuerza*. Yoda le había hablado de él, como también lo había hecho el Jedi Miquelus aquel día en Alderaán. *El miedo, el odio, la agresividad, el Lado Oscuro son*. Esa era la cantinela que Yoda recitaba cada vez que el tema salía a colación. Todo eso era justo lo que Joan sentía. Esos sentimientos la habían llevado a cruzar por un instante la línea que separaba la Luz de la Oscuridad. Calhuch había querido que ella entrara en el Lado Oscuro, y había sabido perfectamente cómo conducirla hasta allí. Sin duda confiaba en poder controlarla después de eso. Utilizarla, como sin duda hacía con Tremoulin o con Bedenford.

Pero Calhuch la había subestimado. Joan podía sentir ahora el miedo del antiguo Maestro Jedi, comprendiendo su error cuando ya era demasiado tarde. Joan era mucho más fuerte de lo que él había creído, y ahora no estaba seguro de poder manejar el poder que él mismo había desatado. *Podría matarle aquí mismo...*

"Joan, por favor..." suplicó Yoda con una voz extrañamente aguda, luchando para no sucumbir ante el pánico. Joan se le quedó mirando. Yoda era su amigo. El único que le quedaba. Podría haber salido corriendo, pero allí estaba. A su lado. Pidiéndole que no hiciera lo que el fuego que sentía arder en su interior le pedía. Joan quería matar a Calhuch. A Tremoulin. A toda su banda de traidores y asesinos. A los bretalianos. Si quisiera, podría hacerlo. Eso es lo que le decía ese fuego interno. Que podía hacer lo que quisiera.

Pero no lo haré. Joan sacudió la cabeza con fuerza. *No, no lo haré.*

La puerta externa se había quedado abierta por primera vez desde que estaba encerrada allí. O quizá la había abierto ella misma en su arrebatado de odio. El Lado Oscuro era capaz de eso y de mucho más, ahora lo sabía, pero Joan sentía como su influencia iba desapareciendo poco a poco.

Al menos por esta vez.

Joan saltó por encima de los cuerpos de Calhuch y Tremoulin y salió corriendo de la celda, derribando a los dos soldados que aguardaban fuera. Tenía que escapar. Ésa era ahora su única opción válida y su único pensamiento. Al final del corredor, Joan llegó a una especie de hall circular. Vio varios pasillos similares al que acababa de abandonar, tres ascensores, y unas amplias escaleras. Su instinto le decía que debía evitar los ascensores, donde podrían dejarla encerrada fácilmente, y los otros pasillos sólo la llevarían a otros bloques de celdas, así que corrió hacia las escaleras. Venía ruido desde abajo. Vio soldados subiendo desde los niveles inferiores, atendiendo a las llamadas de Calhuch. El Maestro Oscuro se había recuperado de la sorpresa inicial y había salido tras ella. Yoda también venía corriendo, intentando no quedarse atrás. El bondadoso se temía que Calhuch o los soldados bretalianos hicieran daño a Joan cuando la atraparan, y aunque no sabía como impedirlo, intentaba alcanzarla de todas formas. Joan sintió todo esto sin llegar a verlo realmente. No tenía tiempo que perder. Tras un brevísimo instante de vacilación, decidió probar suerte escaleras arriba.

Sirenas de alerta sonaban ahogando los gritos de los oficiales bretalianos. Joan corría a ciegas, sin saber realmente a dónde se dirigía. Simplemente escapaba, saltando los escalones de tres en tres con sus pies descalzos, tan rápido como podía. Finalmente alcanzó el nivel superior, casi sin aliento y con sus perseguidores prácticamente en sus talones. Dos de los ascensores se abrieron en esa última planta y más soldados salieron de ellos, pero Joan ya corría hacia fuera, hacia la luz. Sus ojos, acostumbrados a las sombras, lloraron y pestañearon al ser alcanzados por el resplandor cegador del sol de Loira, alzándose en esos momentos sobre el horizonte. Protegiéndose con una mano miró frenéticamente a su alrededor, pero no había modo de escapar. Se

encontraba en lo alto de la fortaleza, sobre una plataforma plana abierta al cielo. Allí era donde los transbordadores y otros vehículos que llevaban prisioneros o suministros aterrizaban. Si hubiera habido alguna nave allí hubiera podido abordarla, pero por desgracia para ella la pista estaba vacía en esos momentos. Joan corrió hasta el extremo más alejado de la plataforma y se subió al parapeto. Tenía a los soldados a su espalda y una caída de casi cien metros delante. No había ningún sitio al que saltar, ningún lugar donde agarrarse, nada entre ella y el bosque tupido que rodeaba a la fortaleza. Pero no quería volver a estar presa. No quería seguir a merced de Calhuch, y permitir que éste, de una u otra forma, la hiciera entrar definitivamente en el Lado Oscuro, aunque eso pudiera costarle a él mismo la vida.

Ante la mirada sorprendida de una decena de soldados y del propio Calhuch, que en ese mismo instante alcanzaba la plataforma, Joan saltó al vacío.

Y entonces pasó algo muy extraño.

Joan ni siquiera fue consciente de lo que hacía. Fue su instinto de supervivencia el que hizo la llamada, la Fuerza fue su mensajera, y los grandes árboles de hoja perenne que crecían alrededor de la fortaleza fueron quienes contestaron a su súplica. Para los pocos que pudieron verlo, pareció como si varios de los enormes árboles se movieran, extendiendo sus ramas para recibir el cuerpo de la joven, sosteniéndola y suavizando su caída. El Maestro Calhuch y los soldados que habían seguido a Joan hasta el borde de la plataforma, la vieron desaparecer entre el denso follaje.

Calhuch usó un transmisor para pedir a los guardias que se encontraban en el nivel del suelo que salieran a recuperar el cuerpo de la fugitiva. Encontraron a Joan a casi ciento cincuenta metros del muro, tendida sobre la espesa hierba que crecía bajo la arboleda. Viva. Se encontraba aturdida, en estado de choque, pero una pequeña herida en su barbilla era la única lesión visible. Yoda llegó sin respiración al final de la escalera, alcanzando la plataforma justo cuando Calhuch era informado de lo que sucedía. Vio a varios soldados asomados por encima del parapeto que rodeaba a la plataforma, discutiendo entre ellos, incapaces de creer lo que habían visto. Yoda se acercó hasta allí, y se lamentó de no ser lo suficientemente alto como para ver lo que estaba pasando abajo, aunque de haber podido mirar sólo hubiera visto hojas y ramas. Los soldados no repararon en él. Uno de ellos le estaba contando a otro que había llegado más tarde que los árboles se habían movido para salvar a la muchacha. Yoda se estremeció. Él había percibido la involuntaria llamada de Joan pidiendo ayuda, y sabía que Calhuch también lo había hecho. En ese momento llegó Tremoulin, pálido como un muerto, sujetándose la cabeza con la mano. Tenía la manga de su elegante túnica empapada de sangre, pero al parecer su herida no era tan grave como había parecido en un primer momento.

"¿Qué ha pasado?" preguntó el aturdido senador al llegar junto a Calhuch. El Maestro Oscuro sacudió la cabeza lentamente, como si aún intentara explicarse a sí mismo lo que acababa de presenciar.

"Ha sobrevivido a la caída. Los árboles la han ayudado... ¡Los árboles! Jamás he sabido de nadie con semejante conexión a la Fuerza."

"¿La han cogido?" Yoda no estaba seguro de si el senador había comprendido lo que Calhuch le había dicho. Éste se limitó a asentir.

"Entonces podemos volver a enviar el mensaje..."

"¿Qué mensaje?" Calhuch parecía ausente, abstraído en sus pensamientos.

"El del rescate. Si fue la prometida de Carless quien contestó, la respuesta que recibimos no sirve para nada. Aún podemos..." El senador se interrumpió al ver que Calhuch negaba con la cabeza. Yoda sintió un escalofrío al oír lo siguiente que dijo.

"No. No podemos permitirnos que siga con vida. Yo no puedo permitirlo."

Capítulo VII

[Transporte imperial saliendo del hiperespacio]

Psico echó un vistazo a las dos pantallas sensoras. Nada. La fragata no estaba allí. Al parecer había llegado demasiado tarde. Quizá Avalancha había llegado a la misma conclusión que él, es decir, que intentar rescatar a los colonos era una locura, y había regresado por tanto a espacio controlado por la Alianza, tal y como le habían ordenado que hiciera. *Menos mal...*

De repente, una señal muy débil apareció sobre una de las pantallas, la que recogía la información enviada por los sensores delanteros del transporte. A la computadora de vuelo le costó trabajo identificarla, pero al final la clasificó como una nave imperial, con una probabilidad del 75%. *Podría ser la fragata.* Psico hizo avanzar el transporte en esa dirección, mientras esperaba a que la computadora pudiera darle más información. Mantuvo una velocidad moderada, con la intención de darse la vuelta tan pronto como los sensores pudieran obtener lecturas más fiables. Cinco minutos más tarde ya sabía que lo que lo que había detectado no era una fragata Nebulon-B, sino una corbeta de fabricación coreliana. Imperial, sin lugar a dudas. Pero ahora se recibía además una segunda señal, aún más débil que la primera. Psico maldijo entre dientes y mantuvo el rumbo. A la computadora le llevó algún tiempo adicional el reconocer a qué tipo de nave correspondía la segunda signatura, pero finalmente le presentó en pantalla la figura de un caza de asalto. Psico frunció el ceño. Era difícil estar seguro, pero el caza parecía alejarse lentamente de la corbeta. ¿A la deriva, quizá? Lo único que podía explicar la bajísima intensidad de las señales que emitían ambas naves sería que ninguna de ellas estuviera haciendo uso de sus motores. Si eso ya resultaría raro en el caso de la corbeta, era completamente inusual que el piloto de un cazabombardero desconectara sus motores y permaneciera en vuelo inercial. Tan inusual como que hubiera tan sólo un caza. Las escoltas imperiales se componían siempre de varios de ellos. Al menos debería haber seis para una corbeta. *Esto no es normal.* Psico decidió arriesgarse y acercarse un poco más.

A una distancia de ochenta kilómetros seguía sin recibir lecturas apreciables de energía, confirmándose su sospecha de que ambas naves habían sido incapacitadas. Siendo así, no habría ningún peligro si utilizaba los sensores activos para hacer un barrido completo de la zona. Eso le confirmó que no había ninguna otra nave en varios miles de kilómetros en cualquier dirección, pero lo que sí encontraron los sensores fueron los restos de varias naves. La computadora identificó todos los fragmentos que pudo. La mayoría pertenecían a cazas de asalto, como el que se encontraba flotando allí delante. Pero otros habían sido parte sin duda de uno o más alas-B...

Psico viró en redondo para no seguir acercándose a las dos naves. Allí se había librado un combate hacía muy poco tiempo. El bando lo imperial lo había perdido, o esas dos naves no estarían allí abandonadas. Sus adversarios podrían haber sido piratas, algo nada extraño tan cerca de Kessel y de las rutas de la especia brillestim. La organización Sol Negro, los señores Hutts y

media docena de grupos criminales más podrían perfectamente haberlo hecho. Pero ninguno de ellos habría dejado a dos naves imperiales abandonadas en el espacio, ambas más o menos intactas. *No, desde luego que no. O bien se las hubieran llevado consigo, o bien las habrían destruido después de robar su cargamento, si era eso lo que les interesaba.* Evidentemente, los imperiales no habían tenido tiempo de pedir refuerzos que pudieran haber puesto en fuga al grupo atacante. Si descartaba que fueran piratas, tenía que tratarse necesariamente de fuerzas rebeldes. Pero esa teoría tenía también un punto flaco. Tan necesitada de navíos como estaba la Alianza, habrían tratado sin duda de remolcar a las dos naves, o por lo menos a la corbeta. Quizá incluso abordarlas y hacerles una reparación de emergencia para que pudieran llegar por sí mismas hasta la base rebelde más próxima.

A menos que se tratase de un grupo pequeño, con recursos demasiado limitados como para intentar siquiera capturar esas naves. "¿Qué tal una fragata con una tripulación bajo mínimos y un escuadrón diezmado a bordo?" se preguntó Psico en voz alta. "Es decir, Avalancha y compañía." Se habían topado con una patrulla imperial y habían tenido que neutralizarla. Podrían haber pedido apoyo para abordar o para llevarse esas naves, suponiendo que hubiera unidades rebeldes lo suficientemente cerca como para prestarles ayuda. Pero no si estaban desobedeciendo órdenes directas del Alto Mando y no quisieran contacto alguno con la Alianza. Psico había tenido razón sobre Avalancha y su gente. "Están todos locos."

Psico resopló y sacudió la cabeza de un lado a otro. *Van a necesitar toda la ayuda que puedan conseguir, pero ¿dónde encontrarlos?* La respuesta apareció en su mente por sí sola. Había un lugar obvio: el sistema de Kessel. Pero si Psico regresaba allí, con el fin de esperar a que apareciera el escuadrón Blanco, con fragata o sin ella, se pondría a sí mismo al descubierto. Sería difícil explicarles a los controladores imperiales por qué había vuelto, y cómo había hecho tan rápido el viaje de ida y vuelta a Thoriam. Eso si es que no habían descubierto ya sus andanzas en las instalaciones del planetoide y en su red de datos, en cuyo caso no tendría que explicarles nada. En el mejor de los casos, atraparían el transporte con un rayo tractor y terminaría en la bodega de uno de sus destructores estelares. En el peor, lo desintegrarían sin hacer más preguntas.

"Piensa, Stephen, piensa..." Avalancha podría estar chiflada, pero no tenía ni un pelo de tonta. No se le ocurriría atacar de frente a la flotilla imperial esperando vivir para rescatar a los colonos. Tendría que intentar algo mucho más sutil que eso. "Una operación *furtiva*, ¿no era esa la palabra que solía usar Llamada, la oficial ejecutiva de Avalancha en el Mantiss? Sí, eso era. Furtiva." De pronto lo comprendió todo. Se acercarían a la flotilla imperial pretendiendo ser todavía una de sus fragatas. Sin modificación alguna, y emitiendo todavía su señal codificada de identificación amigo-enemigo imperial, la suya no era más que otra de las miles de Nebulon-B en servicio con la Armada.

"¿Y cómo se llamaba la maldita fragata?" exclamó mirando al techo. Psico sabía que era materialmente imposible modificar el nombre de una nave

nodriza imperial sin destruir el codificador de identificación. Ese nombre se grababa en una pastilla que iba insertada en el propio dispositivo, la cual estaba diseñada para autodestruirse ante el más pequeño intento de manipulación. A no ser que dispusieran de una pastilla procedente de otra nave igual, la cual no estuviera catalogada como destruida o capturada en los bancos de datos imperiales, sus amigos tendrían que conservar el nombre de la fragata. De pronto se acordó. "¡*Vigilante*, se llamaba *Vigilante*!"

Casi en ese mismo instante, la unidad de comunicaciones emitió un chasquido y una voz entrecortada comenzó a escucharse en la cabina.

"Aquí cor... perial..." Psico trató de mejorar la calidad de la recepción, muy deficiente y cargada de interferencias. "...ada... ocorro. Coord..."

La tripulación de la corbeta debía estar intentando desesperadamente reparar los sistemas más básicos. El sistema de comunicaciones tendría que ser necesariamente uno de los primeros. "Será mejor no esperar a que dispongan de sensores." Siguiendo una súbita inspiración, hizo vaciarse la atmósfera del compartimento de carga y después abrió la compuerta trasera del transporte. Finalmente activó el mecanismo de expulsión de la carga. Los componentes que había estado transportando quedaron flotando en el vacío, listos para ser recogidos por otra nave. Sólo que Psico esperaba que ninguna lo hiciera, al menos por un tiempo. Tan pronto como terminó la operación, pidió a la computadora de vuelo que tomara sus coordenadas de origen como su próximo destino y empujó la palanca del motivador hiperespacial.

"Debo estar más loco aún que Avalancha," se dijo a sí mismo mientras la luz de las estrellas se alargaba hasta el infinito y el transporte saltaba al hiperespacio.

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

Los dos alas-A se posaron con suavidad sobre la cubierta del hangar principal. Las caras de los tenientes Pete "Iceberg" Kovessy y Thorsten "Coloso" Winn mostraban el cansancio acumulado tras un largo turno de patrulla. Lince y Víbora, que harían el próximo, ya estaban volando cuando ellos apagaron los motores de sus cazas. Ambos pilotos notaron una gran actividad a su alrededor. Todo el equipo técnico parecía estar allí, trabajando en un grupo de cuatro alas-B. Granito y Alce estaban entre ellos. Conducido con grandes precauciones por uno de los mecánicos, un vehículo tractor se estacionó al lado de uno de los cazabombarderos, cargado hasta arriba de torpedos de protones de fabricación imperial.

"¡Caramba, no me digáis que lo habéis conseguido!" exclamo Iceberg al acercarse a sus compañeros.

"Pues claro," contestó Granito con una expresión de suspicacia en su cara. "¿Acaso lo dudabas?"

"Lo único malo es que sólo hemos encontrado piezas suficientes para equipar a cuatro naves," explicó Alce al tiempo que intentaba limpiarse la grasa de las manos con un trapo tan sólo ligeramente más limpio que ellas.

"Cuatro es mejor que ninguno," dijo Coloso.

"Seguro que lo es," respondió Granito, acariciando una de las ojivas con la mano. "Con estos bebés podemos causar daños *verdaderamente* grandes en cualquier nave. Incluso en un destructor."

"Sería estupendo," admitió Iceberg. "Pero ahora, ¿soy yo el único que se muere por una ducha, un bocadillo y una siesta?"

"No necesariamente por ese orden," respondió Alce, sin aclarar qué quería hacer él primero.

Los cuatro hombres salieron juntos del hangar. Granito echó una última mirada por encima del hombro a los torpedos, que en ese momento estaban siendo cargados en el segundo de los alas-B.

"Por lo que yo me muero es por disparar unos cuantos de esos..." murmuró con una mueca perversa.

La oficial de vuelo Lisa "Ángel" Hull observó al androide 2-1B manipular los instrumentos conectados al cuerpo de Avalancha. Desde hacía un par de minutos el androide médico parecía estar mucho más activo.

"¿Qué está pasando, 1B?"

"No lo sé exactamente, señora," contestó el 2-1B sin mover sus sensores ópticos de las pantallas. Ángel no creía haber oído nunca a un androide de este tipo decir "No lo sé". "La comandante Krenzel se está recuperando sorprendentemente bien de sus heridas, incluso a pesar del tratamiento bacta al que la hemos sometido. No tengo una explicación para esto."

"Entonces... ¿Se va a poner bien?"

"Yo no me atrevería a decir eso, señora. Su cuerpo casi está completamente restablecido, pero sigue sin haber señales de actividad cerebral. Yo diría que la comandante sufre algún tipo de destrozo irreversible en la corteza cerebral, pero he sido incapaz de encontrar la lesión con los rastreadores. Los 2-1B no tenían expresión facial, y su modulador de voz no era capaz de registrar inflexiones, pero Ángel hubiera jurado que éste estaba perplejo, si tal cosa fuera posible para un androide.

Ángel se acercó a Avalancha y contempló el rostro de su comandante. Parecía estar exactamente igual que dos horas antes, cuando relevó a Chistes

en la enfermería. Y sin embargo, lo que había dicho el androide médico le hacía concebir esperanzas de que algo cambiara, y de que lo hiciera para bien.

"Vuelve, Avalancha," le dijo en voz muy baja, casi al oído. "No sé a dónde te has ido, pero te necesitamos aquí. Regresa, por favor..."